

Psicología del fanatismo

Federico Javaloy Mazón

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tesisenxarxa.net) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tesisenred.net) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tesisenxarxa.net) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

PRIMERA PARTE

DESCRIPCION DEL COMPORTAMIENTO FANATICO

CAPITULO UNO

EL USO DE LA PALABRA "FANATISMO"

1.0. INTRODUCCION	5
1.1. EVOLUCION DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA.	6
1.1.1. Significado primitivo de "fanático"	6
a) Etimología	6
b) Los primeros "fanatici".	8
c) La palabra en el latín clásico	8
1.1.2. Aparición del término "fanatismo" en la Edad Moderna.	9
a) Primeros significados.	9
b) Aportaciones de librepensadores.	10
c) La "Encyclopedie".	18
d) Otros. Significado revolucionario.	24
e) Conclusión	26
1.1.3. La generalización del término en el siglo XIX	26
a) La función de la intolerancia: Progre- sistas y tradicionalistas.	28
b) La religión, como fanatismo.	32
c) El fanatismo, como entusiasmo y como dogmatismo	34
d) El vocablo en Enciclopedias del siglo XIX.	37
1.1.4. La palabra en la actualidad	39
A) Diccionarios y Enciclopedias	40
a) Generales	40
b) Especializados.	44
c) Conclusiones.	47
B) Investigación psicológica.	50
a) Introducción: fanatismo e investiga- ción.	50
b) Psicoanalistas clásicos	52
c) Tres monografías.	58
d) Otros	63

C)	Investigación psiquiátrica	66
a)	"Psicópatas fanáticos".	66
b)	Fanatismo y paranoidismo.	68
c)	Fanatismo y esquizoidismo	75
D)	Campo sociocultural.	76
a)	Movimientos sociales: el seguidor incondicional	77
b)	Movimientos extremistas	79
c)	Milenarismo	83
d)	Aportación antropológica.	85
e)	Fanatismo y revolución.	86
E)	Conclusiones	87
1.2.	APLICACIONES CONCRETAS DEL VOCABLO	90
1.2.1.	Los clásicos ejemplos históricos.	90
1.2.2.	Fanatismos modernos	93
1.3.	SIGNIFICADO CONNOTATIVO DE LA PALABRA.	93
1.3.1.	Significados denotativo y connotativo	93
1.3.2.	Encuesta sobre el significado de "fana- tismo".	95
1.3.3.	Connotaciones negativas	96
1.3.4.	El disfraz eufemístico.	98
1.3.5.	Connotaciones positivas	98
1.3.6.	La palabra como arma.	103
1.3.7.	Contra los detractores del "fanatismo".	103
1.3.8.	Conclusiones.	105

1.0. INTRODUCCION

Nuestro estudio va a tener como punto de partida la observación de toda una gama de comportamientos que han sido hasta ahora calificados de "fanáticos". Teniendo en cuenta tanto el uso vulgar del término "fanático" como el empleado con fines de investigación, deseamos extraer, de todos esos comportamientos a que ha sido aplicado el término, los principales rasgos que lo caracterizan. Esta tarea va encaminada al objetivo fundamental de esta primera parte, es decir, a integrar dichos rasgos en una definición operativa de fanatismo que, al mismo tiempo que sea aplicable a cualquier comportamiento fanático, posea también la cualidad de ser suficientemente exacta a fin de poder emplearla en un trabajo de carácter científico. Las distintas variedades del comportamiento fanático, de acuerdo con nuestra definición, serán asimismo contempladas a nivel tipológico. Por otra parte, intentaremos delimitar nuestro concepto de fanatismo de otros afines.

Compartimos el criterio de Erich Fromm según el cual corresponde a la psicología social explicar el proceso en el que se lleva a cabo lo que él llama "la creación del hombre en la historia" (1941, 36) y pensamos, en esta línea, que el nacimiento del concepto de fanatismo en la Edad Moderna y su posterior evolución constituyen una de las claves para comprender no pocos comportamientos del hombre actual. Además, las sucesivas variaciones que experimenta dicho concepto en cada circunstancia histórica nos parecen indicadores significativos de los cambios que se van operando en el hombre de esa época. En todo caso, el vínculo entre el concepto de fanatismo y nuestra cultura, la denominada por Toynbee cristiana occidental, es tan estrecho que se ha constatado que únicamente en este contexto cultural se ha acuñado el término "fanatismo"; para otras culturas es prácticamente desconocido. Por todo ello, consideramos imprescindible, con vistas a comprender el significado actual del término y a penetrar en los factores ex-

plicativos del fenómeno, hacer una referencia detallada tanto a la historia del concepto como a la evolución histórica del comportamiento fanático.

1.1. EVOLUCION DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA

Distinguiremos cuatro etapas al estudiar la evolución del vocablo a través del tiempo. Dichas etapas remiten a su significado primitivo, al que adquiere a partir de los siglos XVII y XVIII, a la posterior generalización del término y a la actualidad.

En la primera etapa sólo encontramos el adjetivo "fanático". Será la segunda, sin duda la más importante, la que verá aparecer el término sustantivado.

1.1.1. Significado primitivo de "fanático"

a) Etimología

Diferentes autores¹ coinciden en señalar que probablemente el vocablo deriva del latín "fanum" que significa "templo, lugar sagrado"². Se ha observado que "fanum" significó originariamente "oráculo" y de ahí, por extensión, pasó a aplicarse también al lugar o templo donde se pronunciaban los oráculos. Según esto, "fanum" se referiría a la misma raíz que el término latino "vates" (derivado de "fates"),

1. Nos referimos a la mayoría de los que citaremos en las próximas páginas.

2. En cambio, la palabra "profanus" haría referencia al que está fuera del templo y no puede entrar en él por no estar iniciado.

que quiere decir "Profeta, adivino, el que habla inspirado por los dioses". La raíz sánscrita sería "bha", hablar, que en griego se convierte en "phao"³ y en latín en "fari", hablar⁴.

Esta etimología está confirmada por el uso de la palabra como adjetivo en el sentido de "sagrado, perteneciente al templo" ("pecunia fanatica", Corp. Inscrt. Lat., V, 3924; "causa fanatica", Macr. Sat., III, 3, 3) o significado "poseído por un dios", como veremos en seguida. Este último significado es el que consideraremos más importante debido a su considerable semejanza con el uso moderno.

Sin embargo, A. Bouché Leclercq, en el "Dictionnaire des antiquités" de Daremberg y Saglio⁵, apunta otra posibilidad ciertamente menos probable que la anterior, es decir, la de que "fanaticus" provenga más bien de la transcripción popular de la palabra griega $\Phi\rho\epsilon\upsilon\epsilon\tau\iota\kappa\acute{o}\varsigma$ "frenético" o bien de $\Phi\alpha\iota\rho\eta\tau\iota\kappa\acute{o}\varsigma$ "revelador". En este último caso, habría que conectar "fanaticus" con el verbo griego $\Phi\alpha\iota\rho\omicron\mu\alpha\iota$ "yo me manifiesto", teniendo presente también el significado de "epifanía, manifestación". En contra de esta interpretación, está el hecho de que el término "fanático" no se encuentra en los clásicos griegos; al menos en el sentido que le dan los latinos y que ha derivado hasta nosotros⁶.

3. Suponemos deriva de ahí $\Phi\omega\nu\acute{\epsilon}\omega$, hablar o $\Phi\omega\nu\acute{\eta}$, voz.

4. "Fari" significa también "vaticinar". De nuevo encontramos aquí una alusión a la función profética, como en "vates" y en el significado primitivo de "fanum" (oráculo).

5. Esta obra es citada por la "Enciclopedia Italiana di Scienze, lettere ed arti", de Treves, Treccani y Tumminelli, XIV, 783, Milán, 1932.

6. "La Grande Encyclopedie. Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts", XVI, 1190, Larousse, sin fecha (circa 1895).

b) Los primeros "fanatici"

Al parecer, los primeros que fueron llamados en latín "fanatici" fueron los sacerdotes de Belona, diosa romana de la guerra (Corp. Inscr. Lat., VI, 490, 2232, 2235), los cuales ciertos días del año desfilaban vestidos de negro y, portando hachas de doble filo en la mano, al son de címbalos y tambores, danzaban furiosamente, se laceraban las carnes y, finalmente cayendo en el delirio, predecían el futuro a los presentes.

Los sacerdotes del templo de Belona recibían probablemente el nombre de "fanatici" tanto por ser celadores del templo ("fanum") como por actuar cual si estuvieran poseídos por la divinidad que lo habitaba. En su conducta pueden ya observarse rasgos que trascenderán modernamente. Nos referimos a la excitación corporal, el furor y, sobre todo, a la destructividad (diosa de la guerra, hachas de doble filo, autoagresión) y a la pretensión de posesión divina (movimientos, don profético).

Posteriormente, también se llamó "fanatici" a los sacerdotes -llamados "galos"- de la Gran Madre, Cibeles, que desencadenaban un furor semejante contra sí mismos, como atestigua Prudencio en "Peristephanon" (1061 ss.). Asimismo, recibían idéntico calificativo los sacerdotes de Isis (Corp. Inscr. Lat., VI, 2234) y de otras divinidades mistericas cuyo culto, que procedía de Oriente, fue adoptado en Grecia y Roma antiguas.

c) La palabra en el latín clásico

El término fue paulatinamente ampliando su significado para atribuirse a cualquier sujeto que se creyera estar poseído por algún "numen" o sujeto a inspiración divina, la

cual se manifestaba por un hablar misterioso o delirio ("error fanaticus", dice Horacio) y una agitación furiosa de los miembros (Livio, XXXIX, 13; Quintiliano XI, 3).

Livio aplicó también el término a la inspiración divina que recibirían los poetas inspirados por los dioses ("carmen fanaticus" poema inspirado)⁷. También se ha aplicado el vocablo "fanaticus" a objetos que se creen poseídos o influenciados por algún dios, como nota A. Bouché-Leclercq (op. cit. XIV, 783), al mencionar un pasaje de Festo en el que se llama "fanaticus" al árbol que ha sido golpeado por un rayo, enviado por Júpiter.

Algunos destacan⁸ que los sacerdotes "fanatici" no sólo recibían visiones e inspiraciones de la divinidad, sino que además se esforzaban por sobreexcitar los sentimientos del pueblo. Este aspecto contagioso, proselitista, cobrará gran importancia en el concepto moderno de fanatismo, incluyendo en él también la extraña sugestibilidad que suelen mostrar un buen número de personajes fanáticos. Esta capacidad para la sugestión colectiva fue puesta de relieve por Eurípides en "Las Bacantes", al describir el comportamiento de estas seguidoras de Dionisos corriendo por los campos, poseídas por la exaltada embriaguez del dios, y comunicando su exaltación y excesos a otras personas.

1.1.2. Aparición del término "fanatismo" en la Edad Moderna

a) Primeros significados

7. Recordemos que en latín "vates" significa a la vez poeta (inspirado por los dioses) y el que vaticina o profetiza (también por la inspiración divina).

8. Por ejemplo, "La Grande Encyclopedie" (c. 1895).

Según Corominas⁹ el término "fanaticus" pasó sustantivado al francés en el siglo XVI. Sin embargo, no hemos conseguido localizar ningún ejemplo de uso en nuestras fuentes consultadas en lengua francesa que pertenezca a esa época. Incluso hemos constatado que la única obra monográfica sobre el tema, publicada en fecha reciente¹⁰, ignora prácticamente también varias referencias (algunas de importancia, como la de Locke) que encontramos en el siglo XVII.

El primer autor que sepamos que habla del fanatismo es el inglés Robert Burton. Efectivamente, en su "Anatomy of Melancholy" (1621), distingue entre la religión saludable y verdadera -que elevaría por encima de las angustias de la vida- y la que denomina "demencia religiosa". Esta última consistiría en una carencia de devoción -como ocurre en el libertinaje moral y en el ateísmo- o bien en un exceso de devoción, que llama indistintamente superstición, idolatría o fanatismo¹¹.

La aportación de Burton, aunque escueta, es interesante por destacar varios rasgos del fanatismo que serán apuntados posteriormente por otros autores: referencia exclusiva al campo religioso, exceso de religión (que convierte a ésta en algo falso, en superstición) y carácter patológico (demencia).

b) Aportaciones de librepensadores

De cara a las próximas páginas, es importante adelantar que la mayoría de los análisis del fanatismo que citaremos,

9. Nos referimos a la obra de J. Corominas: "Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana" (Madrid, Gredos, 1954, vol. 2).

10. Nos referimos a "Le Fanatisme", de Haynal et. al. (1980).

11. No hemos conseguido localizar la obra original de Burton, por lo que nos limitamos a consignar el libro que la cita: "Psicología y psiquiatría de la religión", de Dunlap y Sumner (1967).

a lo largo de los siglos XVII y XVIII, pertenecen a los que se ha dado en llamar "librepensadores". Son ellos fundamentalmente quienes crean y desarrollan el concepto moderno de fanatismo. Y estamos tentados a decir que no podía haber sido de otra forma, ya que no es posible concebir la noción de fanatismo (o adhesión afectiva a un dogma que se considera indiscutible y cuya defensa justifica la destrucción de cualquier enemigo) si no es desde fuera del corsé dogmático, desde la libertad de pensamiento. Al fin y al cabo la actitud crítica, independiente y tolerante no es sólo el polo opuesto de la actitud que lleva los dogmas hasta sus últimas consecuencias (es decir, hasta su imposición por la violencia), sino también una reacción contra esta última postura¹².

En el sentido estricto del término, escribe Ferrater Mora, llamamos "librepensadores" a aquellos filósofos ingleses ("freethinkers") y franceses ("libertins" y filósofos de la Ilustración) que, durante los siglos XVII y XVIII, no se adhieren a un dogma dado y poseen ciertas características comunes, como predicar la tolerancia (lo cual en la práctica equivale a denunciar el fanatismo), aplaudir el racionalismo (en el sentido de invocar a la razón como supremo argumento) y defender el deísmo, la religión natural o, en algún caso, un ateísmo manifiesto o encubierto (1965, II, 56). Entre los librepensadores, encontraremos nombres destacados por su lucha contra el fanatismo, como Locke, Bayle, Voltaire o Rousseau.

12. A pesar de que pueda parecer "espontánea" esta reacción, de hecho necesitó unas condiciones sociales concretas para poder aparecer: ciertos períodos de no persecución oficial del pensamiento heterodoxo, precedentes intelectuales -como Montaigne, Charron y el neopirronismo, según Ferrater Mora (1965, II, 56)-, desencanto causado por las guerras de religión, etc.

Locke, en "An Essay Concerning Human Understanding", (1690) concluye el capítulo XVIII del libro cuarto con un apartado que lleva por título: "Si no se fijan los linderos entre la fe y la razón no es posible poner barreras a ningún fanatismo o extravagancia en materia de religión" (hemos subrayado el vocablo "fanatismo" porque es la primera vez que lo encontramos en forma de título). Considera pues Locke como fanatismo la fe irracional de los hombres que, convencidos "de que no deben consultar a la razón en materias religiosas, por más contradictorias que sean al sentido común y a todos los principios del conocimiento, han dado rienda suelta a su fantasía y a sus naturales inclinaciones supersticiosas" de suerte que, en materia de religión, "los hombres se exhiben con frecuencia como más irracionales y como más insensatos que las mismas bestias" (1690, 702).

La concepción de Locke -considerando el fanatismo una sustitución de la razón por la fantasía y de la religión por la superstición- será adoptada y ampliamente desarrollada en el siglo XVIII, el de mayor exaltación de la razón.

Locke analiza el aspecto negativo del fanatismo, la intransigencia inquisitorial, en su célebre "First Letter Concerning Tolerance". En ella, llama "fanáticos" a los que "persiguen a hierro y fuego a los miembros de su comunidad... torturan, maltratan, hieren y degüellan a otros hombres pretextando la religión", y, a pesar de todo, "pretenden es por caridad y deseo de salvar las almas de quienes despojan de bienes, mutilan el cuerpo, atormentan en prisión e incluso quitan la vida" (1689, 18).

En la descripción anterior, vigorosa y no exenta de ironía, Locke pone de relieve un aspecto insólito y llamativo de su paradójica personalidad que quizás sea el rasgo más desconcertante: su bienintencionada crueldad, su invocación de un motivo noble (religión, caridad, salvación eterna) como

pretexto para despojar al prójimo de todo lo que tiene, incluso de su propia vida. La paradoja que ofrece el fanático será posteriormente detectada por otros autores, de modo especial por Kretschmer.

Anotamos otros dos rasgos de la intolerancia fanática, a tenor de las palabras de Locke. La brutal conducta del perseguidor ni siquiera es eficaz ya que "la naturaleza del entendimiento es tal que no puede ser obligado por la fuerza externa. Confiscación, tortura, cárcel, todo es inútil para que la mente humana cambie su juicio sobre las cosas" (1689, 21). Agudamente apunta Lucke otro rasgo típico del fanático, a saber, que la inquietud y exaltación que despierta el enemigo en él es tan considerable que sólo se calma destruyéndole: "los fanáticos tienen poco descanso hasta que oigan sentencia para el disidente, hasta que sea llevado a la cárcel y sus bienes sean rematados en subasta" (Ibid., 30).

Sin embargo, para Locke, la intolerancia puede llegar a convertirse en virtud cuando se refiere a perseguir a los ateos: "no han de ser tolerados de ningún modo quienes niegan la divinidad", puesto que, opina que la no creencia en Dios destruiría las bases de la convivencia humana (Ibid., 50, 51). Este pasaje constituye un buen ejemplo de que no es fácil hablar sobre el fanatismo sin caer en algún momento en él.

Las ideas de Locke sobre la tolerancia, defendiendo la convivencia en el pluralismo, resultaban nuevas para amplios sectores de la sociedad de su tiempo. Parece, como dice Ferrater Mora, que la actitud llamada de "tolerancia" -en el sentido de abstención del empleo de la coacción contra las manifestaciones (verbales, culturales o proselitistas) de una confesionalidad diversa- fue adoptada originariamente por algunos personajes durante las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII con vistas a lograr una convivencia pací-

fica de protestantes y católicos (1965, II, 803). La tolerancia fue una importante victoria contra el fanatismo de siglos anteriores.

Locke se ocupa extensamente de la vertiente positiva del fanatismo, es decir, de esa pretensión de inspiración divina que exhiben ciertos individuos poseídos de una euforia peculiar que él, siguiendo la tradición platónica, llama "entusiasmo"¹³. Lo hace en el capítulo XIX del libro cuarto de "An Essay Concerning Human Understanding" (1690).

Después de dejar sentado que "el amor a la verdad es necesario" (1690, 703), contrasta éste con "el entusiasmo, que, haciendo renuncia de la razón, pretende establecer la revelación sin ella" (Ibid., 704). Para Locke, el entusiasta¹⁴ confunde sus fantasías y deseos con "una iluminación procedente del espíritu de Dios" a fin de revestirlos de autoridad divina, y los considera como "mandato del cielo que es preciso obedecer". De este modo obtiene la seguridad de que "no es posible equivocarse si los lleva a la práctica" (Ibid., 705).

13. Para Abbagnano, la palabra "fanatismo" significa lo mismo que "entusiasmo". El vocablo "fanatismo", añade, "se ha usado a partir del siglo XVIII en sustitución y a la vez que entusiasmo" (1974, 521). Sin embargo, a pesar de las afinidades entre los dos conceptos, más adelante haremos notar las diferencias.

14. La tradición protestante llamó "entusiastas" a grupos religiosos extremistas (como los anabaptistas de Müntzer) que creían que el Espíritu Santo les inspiraba y que dicha inspiración caía fuera del control de la tradición doctrinal e intervencionismo estatal propios del protestantismo (Yoder, 1979, 206 ss.).

Creemos oportuno puntualizar que, de acuerdo con su etimología griega *ἔνθουσιασμός*, o entusiasmo, significa literalmente "endiosamiento" o posesión divina", y el término va referido a una especie de trance divino, acompañado de inspiración, durante el cual "el alma se halla fuera de sí para tener su sede en la divinidad misma", como nota Ferrater Mora (1965, I, 534). Platón habló del entusiasmo (en Fedón, 252 A) resaltando su carácter de inspiración divina. En el "Ión" considera que el entusiasmo consiste en estar poseído por un dios: los que son presa del entusiasmo ya no son dueños de su razón, no son ellos los que hablan sino la divinidad por intermedio de ellos (son sus intérpretes), dejan de interesarse por todo lo que no esté relacionado con el objeto de su inspiración, ya no actúan por iniciativa propia, y deja de preocuparles lo que piensen de ellos. La posesión es, además, contagiosa: los rapsodas entusiastas arrastran a sus oyentes y forman así una cadena de inspirados. (Ión, 538).

Nos parece de gran interés que notemos la notable semejanza entre los dos rasgos del entusiasmo que destacan en la descripción de Platón (sentirse poseído por una fuerza extraña, divina, y contagiar a los otros la propia inquietud) y el concepto de fanatismo que veremos evolucionar a través de la historia. Ciertamente, se trata de dos rasgos fundamentales para nuestro concepto de fanatismo.

La diferencia entre la noción de entusiasmo en Platón y en Locke estriba en que mientras el primero habla de una iluminación divina auténtica y, por tanto, enaltecedora, Locke, por el contrario, aplica el término "entusiasmo" peyorativamente, refiriéndolo a falsas revelaciones. De hecho, las ideas platónicas, observa Ferrater Mora, han ejercido influencia en todos los autores que han seguido la doctrina de que la inspiración está ligada al entusiasmo (1965, I, 535). En línea con esta doctrina, encontramos la descripción

del fanatismo entusiasta que hacen la Ilustración francesa (Enciclopedia, Voltaire) o algunos autores del siglo XIX (Taylor, Balmes).

En Francia, el primer filósofo que muestra un notable interés por el tema del fanatismo -Bayle- es también el apóstol y pionero de la tolerancia. En su "Dictionnaire historique et critique" (1697) -que se adelantará medio siglo a la Enciclopedia e influirá sobre ella- Bayle pinta a los fanáticos como individuos "que pretenden tener parte en las inspiraciones de lo alto... tratan a los doctores ordinarios con aire de superioridad" y sienten "una gran indignación contra todos los que no quieren tener fe en sus sueños" (1697, I, 981). Caracterizan pues al fanático, además de la pretensión de inspiración celestial, el orgullo y la indignación contra sus oponentes.

A lo largo del siglo XVIII, el vocablo "fanatismo" será ampliamente utilizado y propagado, de modo especial por los filósofos de la Ilustración. No es pues de extrañar que el vocablo se incorpore al castellano en esta época, como opina Castell en su "Diccionario Crítico Etimológico". Algo equivalente ocurre en el idioma alemán, según Kluge-Goetze¹⁵, donde en aquella época significa "luchador encarnizado por ideas religiosas".

En Inglaterra, donde ya Locke había abierto brecha en el tema, Hume se ocupa, en un capítulo de sus "Essays" (1741) que lleva por título "Of superstition and enthusiasm", de combatir el fanatismo exaltado de ciertas sectas de iluminados. El fanático, escribe, "se mira a sí mismo como un singular favorito de la divinidad" y cree que cada producto de su imaginación es "una inspiración recibida de arriba" (1741, 105, 106). Su pretensión de hallarse en contacto directo con

15. Kluge-Goetze: Diccionario Etimológico Alemán. Berlín, 1951.

Dios le lleva a "un desprecio por las comunes reglas de la razón, la moralidad y la prudencia" (Ibid., 108) hasta el punto de producir "los más crueles desórdenes en la sociedad humana". Sin embargo, el fanatismo no sería un estado permanente, sino más bien una fugaz descarga que distensiona: "su furia es como la del trueno y la tempestad, que se consumen en un breve espacio de tiempo y dejan el semblante más tranquilo y sereno que antes". (1741, 108).

La descripción de Hume se asemeja a la de Locke: ambos vinculan el fanatismo a la superstición, entusiasmo y fantasía, y analizan los terribles efectos que éste acarrea a la sociedad humana. Otros rasgos que Hume ha destacado en el fanático: su orgullo y el carácter pasajero de su estado. Este último aspecto sólo podemos constatarlo cuando el sujeto sufre un acceso fanático, en las situaciones que llamaremos "fanatizantes".

En el siglo de la Razón y de las luces, a los filósofos les gustará contemplar su época en contraste con el fanatismo oscurantista e irracional de otros siglos en que se había recurrido a toda clase de coacciones y violencias (Inquisición, guerras por motivos religiosos, persecuciones) contra los que osaban apartarse del pensamiento establecido.

Aunque penetrada del espíritu del XVIII, la primera obra importante dedicada al fanatismo no procede de un filósofo sino de un profesor de teología, Samuel Turretin, que escribe un significativo título: "Préservatif contre le fanatisme ou Réfutation des prétendus inspirés des desniers siècles" (1723). En esta obra, Turretin analiza sectas y personajes que dieron prueba del radicalismo fanático, como Tomás Müntzer, Juan de Leyde, los cuáqueros, etc.

Para Turretin el fanático es un ser que vive dominado por la fantasía, en él la luz de la razón ha sido sustituida

por "visiones quiméricas muy semejantes a las que sugiere la locura, pero esta especie de locura no impide que haga un buen uso de su espíritu en otros campos" (1723, 435). Son diversos los motivos que aduce Turretin para enfatizar la peligrosidad social que representa el fanático: su mal no es corregible apenas, ya que desprecia la razón y se resiste a valorar los argumentos contrarios (Ibid., 419, 436); su elocuencia, llena de ilusiones y sofismas, contagia con cierta facilidad a los espíritus débiles (Ibid., 449), y constituye una amenaza para el orden social, puesto que sus discursos enardecen la imaginación de las masas, su exaltación contagiosa suscita rebeliones (Ibid., 21). Contra la oscuridad del fanatismo, Turretin propone como preservativo las "luces de la palabra de Dios" y del espíritu (Ibid., 450).

c) La "Encyclopedie"

Los más notables testimonios del siglo en su lucha contra el fanatismo nos han llegado de la "Encyclopedie" y de Voltaire. La "Encyclopedie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des metiers" (1750-1766) define el fanatismo como "un celo ciego y apasionado que nace de opiniones supersticiosas y hace cometer acciones ridículas, injustas y crueles; no sólo sin vergüenza y sin remordimiento, sino también con una especie de alegría y consuelo. El fanatismo no es pues más que la superstición puesta en acción" (1750-1766, XIII, 26).

En esta definición encontramos bastantes elementos coincidentes con la de Locke: el fanático se mueve por una pasión ciega, que nace de la superstición, y que le lleva a una conducta injusta y cruel sin tener en absoluto mala conciencia y experimentando un consuelo o descanso con el castigo del enemigo. Como detalles nuevos notamos las alusiones al carácter ridículo de la conducta fanática -seguramente, por sus

reacciones desmesuradas, fantaseos, inoportunidad, extravagancia e irracionalidad-, y la alegría con que daña a su oponente, lo cual evidencia el aspecto gratificante de dicha conducta.

Es interesante notar que, aunque la "Encyclopedie" dedica sólo media página al vocablo "fanatismo", sin embargo, a otro de significado prácticamente idéntico, que es "superstición" -el fanatismo es la "superstición en acción" (Ibid., XIII, 26)-, tratando este último con notable extensión (Ibid., XXXII, 71-86). Así pues, en el volumen XXXII se nos habla ampliamente de las características del fanatismo, historia del fenómeno, síntomas, fuentes y efectos. Para enriquecer la descripción del fenómeno reflejada en la anterior definición vamos a analizar los elementos nuevos que aquí aparecen centrándolos alrededor de los síntomas y efectos del fanatismo.

Los síntomas generales del fanatismo (tengamos en cuenta que se le considera una enfermedad) consistirían en trastornos de la inteligencia -pues el fanatismo "es capaz de extinguir las luces naturales y de trastocar las cabezas más sanas", las cuales se dejan arrastrar por los caprichos de la imaginación (Ibid., XXXII, 71)- y en la destrucción de los sentimientos naturales hasta el punto de llegar a desenvainar la espada el hijo contra el padre (Ibid., XXXII, 80). Existen síntomas de carácter más concreto que se observan ordinariamente, aunque no siempre, en el fanático: sombría melancolía, desprecio del mundo y de todo consuelo humano; visiones y éxtasis acompañados de una especie de delirio; pseudoprocías nacidas de quimeras forjadas por la imaginación; y, por último, insensibilidad al propio sufrimiento hasta tal punto que "las pruebas del agua, del hierro y del fuego no cuestan nada" (Ibid., XXXII, 82).

La "Encyclopedie" pone el énfasis en los efectos destruc-

tivos que ha llegado a ocasionar el fanatismo no sólo sobre la personalidad (nos acabamos de referir al daño que sufren la inteligencia y los sentimientos) sino, lo que es más grave, sobre los demás, ya que el fanático se atreve a "violiar todas las convenciones divinas y humanas por espíritu de religión" (Ibid., XXXII, 80). Esto hace peor la falta de religión, o ateísmo, que los excesos supersticiosos del fanático ya que el ateo respeta los sentimientos naturales, leyes y normas de convivencia, cosa que no inspira ninguna consideración al fanático (Ibid., XXXII, 71). Por ello el fanatismo es catalogado como "el más terrible azote de la humanidad" (Ibid., XXXII, 71).

A pesar de lo dicho, también existe una pequeña referencia en la "Encyclopedie" al "otro" fanatismo, al no religioso. En efecto, en el párrafo final de las dieciséis páginas dedicadas al fanatismo religioso, leemos lo siguiente: "Fanatismo del patriota. Hay una especie de fanatismo en el amor a la patria, que puede llamarse culto de los hogares. Este se mantiene en las costumbres, en las leyes, en la religión, y por ello merece además ese nombre. No es posible realizar nada grande sin ese celo desmedido, que agranda los objetos, infla también las esperanzas, y genera prodigios increíbles de valor y de constancia. Tal era el patriotismo de los romanos. Este fue el principio del heroísmo que dio a todos los fieles el espectáculo único de un pueblo conquistador y virtuoso... produciendo admiración después de estremecimiento. Pero no pongais al mismo nivel a los vanos declamadores, que se entusiasman indiferentemente con todos los prejuicios del estado, y que prefieren siempre a su país, únicamente porque han nacido en él" (Ibid., XXXII, 86).

Resulta un tanto sorprendente que después de extenderse profusamente en la descripción detallada de las miserias del fanatismo religioso, se hable tan poco de ese "otro" fanatismo del que también Voltaire será muy parco en hablar. Más grave resulta advertir que el contenido es contradictorio, pues-

to que, en un contexto en que se ha fustigado con vehemencia el fanatismo, considerándolo intrínsecamente malo, no está justificado que se acabe alabando el "heroico", "virtuoso" "fanatismo del patriota romano". Aunque se desacredite, finalmente, el patriotismo hueco de los oradores vacíos y estrechos.

Lo que no es extraño, por cierto, es el hecho mismo de que se contemple el patriotismo como fanatismo. En realidad, el fenómeno ya estuvo ligado íntimamente en el comienzo no sólo a la religión, sino al culto de la patria. No se olvide que los primeros "fanatici" eran sacerdotes, sí, pero de Beldona, diosa de la guerra y protectora de la patria.

Voltaire, igual que Locke, une el fanatismo a la falsa inspiración y ésta al entusiasmo. Según su "Diccionario Filosófico" (1764), "el que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías es un fanático" que "podrá pronto llegar a matar por el amor de Dios" (1764, IV, 110) y que actuará "violando todas las convenciones divinas y humanas por espíritu de religión" (Ibid., IV, 108). Porque "los fanáticos están convencidos de que el Espíritu Santo, que los inspira, es superior a las leyes, y que su entusiasmo es la única ley que debe dirigirlos" (Ibid, IV, 111) Voltaire puntualiza que no se refiere al entusiasmo "razonable" de los poetas (Ibid., IV, 67) al que produce efectos semejantes a la embriaguez: "el entusiasmo es como el vino: excita tal tumulto en los vasos sanguíneos y vibraciones tan violentas en los nervios, que destruyen la razón" (Ibid., IV, 65). Voltaire propone como prototipo de fanático al profeta Mahoma¹⁶.

16. En su tragedia "Mahomet ou le Fanatisme" (1741), pinta Voltaire a este personaje como un ser arrastrado por supersticiones y dogmas que va expandiendo su doctrina a través de la guerra santa.

En las frases citadas, Voltaire concibe el fanatismo al estilo de las anteriores definiciones: el fanático confunde los productos de su imaginación con la inspiración divina y se convierte en un exaltado que no vacila en pisotear no importa qué creyendo que actúa en nombre de Dios. Pero, en otros fragmentos, encontramos originales e interesantes aportaciones. Así, Voltaire insiste en la compulsión proselitista que exhibe el fanático: "Salen del templo llenos del Dios que los agita, y difunden el pavor y la ilusión por la tierra. El imperio que el entusiasmo de un solo hombre ejerce sobre la multitud que le ve o que le oye, el calor que las imaginaciones reunidas se comunican..." (Ibid., IV, 106). En estas frases vale la pena destacar también tanto el efecto persuasivo que las palabras de ciertos líderes, que hoy llamaríamos "carismáticos", provocan en el público, como el entusiasmo contagioso que generan en éste. Considero de especial interés psicosocial este último aspecto, pues se observa en él que Voltaire ha detectado la presencia de un proceso de influencia social de carácter facilitador.

Otro aspecto que descubre Voltaire es que no todos los fanáticos son entusiastas ya que "también hay fanáticos que conservan la sangre fría: pertenecen a esa clase de jueces que sentencian a muerte a los que no han cometido más crimen que el de no pensar como ellos" (Ibid., IV, 110). Este rasgo nos evoca la impasibilidad ante el sufrimiento de que nos ha hablado la Enciclopedia. Subraya también Voltaire que aunque hay fanáticos que pelean abiertamente como tigres, "la mayoría son zorros". En todo caso, tienden a enzarzarse en interminables discusiones con el enemigo de turno, como atestiguan "los cinco o seis mil volúmenes de reproches que los jansenistas y los molinistas se hicieron unos a otros durante cien años respecto a sus bribonerías..." (Ibid., IV, 112).

En su "Traité sur la tolérance" (1763), Voltaire emprende un enérgico alegato contra la religión intransigente que

persigue y extermina. Aunque el contenido nos recuerda la doctrina pertinente de Locke, el Tratado no posee ni el equilibrio ni la profundidad de este último autor. Con ironía cortante, resalta Voltaire el lado ridículo de fanáticos de su tiempo que osan escribir que "está permitido matar a un príncipe excomulgado por el papa... y el que acepta esta misión hace una obra de caridad" (1763, 71) o bien opinan es conveniente proceder al exterminio de los hugonotes porque "la extinción total de los protestantes en Francia no la debilitaría más de lo que una sangría debilita a un enfermo bien constituido" (Ibid., 131). Estos fragmentos consideramos que son una buena prueba no sólo del carácter ridículo que tiende a adoptar el fanatismo, sino también de lo vulnerable que resulta éste si atacamos ese punto flaco que hace sonreír.

La noción que Voltaire tiene del fanatismo puede sintetizarse en los agresivos epítetos que le dedica, entre los cuales sobresalen los que lo conceptúan como enfermedad mental y aberración de la naturaleza: "locura religiosa sombría y cruel", "enfermedad epidémica", "peste de almas", "veneno en los cerebros infectados", "rabia de las almas", "monstruo en libertad" e "hijo desnaturalizado de la religión" (1764, IV, 110, 111, 170, 167 y 148).

Concluimos nuestro análisis sobre el concepto de fanatismo en la época de la Ilustración aportando tres testimonios más de muy diversa índole: Rousseau, Corrodi y Linguet. Para Rousseau "el fanatismo no es un error, sino un furor ciego y estúpido, nunca moderado por la razón"¹⁷, es pues un fenómeno básicamente irracional. En otro pasaje, describe a un cierto tipo de fanático, al que denomina "devoto de profesión", como un ser dotado de una rigidez que le hace insensi-

17. J.J. Rousseau: L. à D'Alembert s. les spect., 44, Paris, 1820.

ble a la humanidad, orgulloso y con afán de invocar ideales superiores a fin de hallar una justificación para oprimir a los demás¹⁸. Es original la referencia al carácter rígido de la conducta fanática. El utilizar el ideal como pretexto para la opresión ya fue denunciado por Locke.

b) Otros. Significado revolucionario

El suizo H. Corrodi, al escribir la primera historia del milenarismo (1781-1783) que conocemos, nos ofrece una concepción del fanatismo coincidente con la de su siglo: es una enfermedad del alma que engloba "las desviaciones del entendimiento humano, los desórdenes y excesos de su imaginación"¹⁹. Después de apuntar que considera el milenarismo una rama del fanatismo, Corrodi añade que los milenaristas fanáticos utilizaron -para producir, sostener y prestigiar sus fantasiosas esperanzas- "toda clase de mentiras, sofismas, desvíos de las proposiciones verdaderas, imposturas de buena y de mala fe...". Los efectos de tal milenarismo fanático serían los "vicios y desórdenes en los espíritus, tales como "el odio, el orgullo, la ambición y la rebelión"²⁰, poniendo como ejemplos a los anabaptistas o a los cuáqueros. Un grave defecto de la noción de Corrodi es emplear una ter-

18. Dice Rousseau en "Nouvelle Héloïse": "lo que más me ha alejado de los devotos de profesión es esa rigidez de costumbres que los hace insensibles a la humanidad, ese orgullo excesivo que los lleva a mirar con compasión al resto del mundo... Mientras más se apartan de los hombres, más les exigen, y se diría que sólo se elevan hacia Dios para ejercer su autoridad sobre la tierra" (1761, 6, carta 8).

19. La cita de Corrodi la hemos tomado de Mühlmann (1961, 350).

20. Ibid.

minología cargada de juicios de valor: desviaciones, desórdenes, excesos, vicios, etc. Igualmente su referencia a la posible mala fe del fanático comportaría insinceridad, la cual no es compatible con nuestra noción de fanatismo.

En una obra insólita, "Le fanatisme des philosophes", (1764), su autor, Nicolás Linguet, trata de volver contra los filósofos sus propias armas, mostrando que es la conducta de éstos la que posee características fanáticas, como "entusiasmo dogmático" por las propias ideas, "furor de publicar sus opiniones", autodivinización y espíritu sectario (1764, 14, 9, 15 y 14). La actitud de hostilidad al conocimiento que exhibe Linguet muestra, contrariamente a sus intenciones, como es fácil caer en el fanatismo incluso al acusar de idéntico desliz a los filósofos.

En la Revolución Francesa, el término fanatismo se liga no ya a ciertos excesos religiosos, sino al clero como estamento²¹ y al culto católico. Las iglesias serían consideradas templos de fanatismo y quienes las destruían decían hacerlo en nombre de la razón²². Una vez más comprobamos que los extremos se tocan y que la razón que dice destruir el fanatismo se convierte en un nuevo fanatismo, no menos sanguinario que el antiguo.

-
21. En los revolucionarios encontramos frases del estilo de ésta de Saint-Just inserta en su obra "L'Esprit de la Révolution": "El fanatismo ha nacido de la dominación de los sacerdotes europeos" (1791, 86). Afirmaciones semejantes se hallan en un Robespierre o un Fouché.
22. Consúltese, por ejemplo, el decreto núm. 107 del 29 brumario, año II, donde en el artículo primero se expone la decisión de la Convención nacional de elevar una columna de mármol en honor de Calas, "víctima del fanatismo" y en el artículo segundo se precisa que "el Consejo ejecutivo... hará construir esta columna con mármoles arrancados al fanatismo por la razón, en las iglesias suprimidas del departamento".

e) Conclusión

Resumiendo, y, a modo de conclusión, diremos que durante los siglos XVII y XVIII nace y fragua el concepto moderno de fanatismo. Un Locke o un Voltaire captan básicamente el mismo concepto que nosotros vamos a definir con el nombre de fanatismo.

Habría que hacer una importante puntualización: que estos autores limitan exclusivamente (Locke) o casi exclusivamente (Voltaire y la Enciclopedia) la aplicación del término al ámbito religioso. Aquí vuelcan una crítica despiadada hasta lo hiperbólico. El "otro" fanatismo se limitan a mencionarlo.

De esa estrechez de visión deriva su infundado optimismo. Los enciclopedistas abrigaban la convicción de que el fanatismo religioso era una especie a extinguir, de que las muestras que en su tiempo se conservaban no eran más que residuos de una oscura época marcada por una supersticiosa religiosidad y condenada a muerte por la historia. La cultura, la luz de la razón, purificarían la religión de sus adherencias fanáticas y, de esta forma, se desprendería la humanidad de un cáncer milenario.

Pensamos que la condescendencia e incluso simpatía del siglo XVIII, con respecto al fanatismo patriótico y político, es sintomática y, de alguna manera, hace presagiar el intenso desarrollo posterior del fanatismo no religioso.

1.1.3. La generalización del término en el siglo XIX

El siglo XVIII no fue consciente de que, en un mundo en vías de secularización, el fanatismo se iba a ir adaptando a los nuevos tiempos tomando otras formas, ampliando su conte-

nido. La Revolución Francesa, como hemos observado, fue un claro exponente de que, aun cuando todo parecía en proceso de cambio, la tendencia humana a exaltar una idea exclusiva, lejos de desaparecer, se transformaba en sanguinaria intransigencia política y anticlericalismo militante.

Cuando en el siglo XIX el concepto de fanatismo se generaliza²³ y rompe la esfera religiosa, se reconoce en él un fenómeno más vasto y conectado con las necesidades humanas profundas de lo que los "philosophes" habían imaginado. Esto no obsta que el vocablo continúe empleándose preferentemente para designar ciertas conductas religiosas. Además, incluso en el caso de que el objeto del fanatismo no se refiriera a un fenómeno explícitamente religioso, lo cierto es que, en tanto que "fanum", tiene un carácter "sagrado", como notará Max Stirner (1842, 51 ss.).

Dentro de los significados que el fanatismo va adquiriendo durante el siglo XIX, vamos a distinguir cuatro perspectivas concretas: la que relaciona fanatismo e intolerancia, la que afirma que toda religión es fanatismo, la consideración del fenómeno bajo la forma de entusiasmo y de dogmatismo y, finalmente, la visión al respecto que nos ofrecen dos importantes enciclopedias de la época, herederas de la de Diderot y D'Alembert. (F. Mora, 1965, II, 804).

23. Aunque en el siglo XVIII también se utiliza el término "fanatismo" en sentido no religioso (por ejemplo, en la "Encyclopedie"), carece de relevancia este significado debido a que es usado en muy pocas ocasiones.

a) La función de la intolerancia: progresistas y tradicionalistas

Mientras que los filósofos de la Ilustración se habían dedicado a desfogar sus iras contra el fanatismo persecuidor a la vez que exaltaban la tolerancia, a lo largo del siglo XIX, como señala Ferrater Mora, para algunos la atención se centra en torno a la polémica sobre si la intolerancia había sido beneficiosa o nociva para la civilización europea, con lo que la discusión se convertía en un debate acerca de la legitimidad de la intolerancia y el fanatismo. Las respuestas tienen un signo notablemente diverso según que proceden de autores considerados "progresistas" y herederos de la Ilustración, o bien sean emitidas por los que aparecían afanados por mantener el depósito de la fe católica, es decir, por autores tradicionalistas. (F. Mora, 1965, II, 804).

En el primer campo, destacamos a Proudhon, que reconocía la necesidad de la tolerancia completa como paso previo para arribar a una justicia universal, y a Comte, que defendió la tolerancia, pero sólo en la fase de tránsito hacia una sociedad que habría de ser intransigente con los que se opusieran a los ideales de justicia instaurados. Para los progresistas, la intolerancia de épocas anteriores impidió el desarrollo de la humanidad y anuló las posibilidades del pensamiento independiente y original. Fue pues un pesado lastre histórico.

Observamos que estos autores, censurando el fanatismo, no consiguen evitar caer en él, puesto que, al estar persuadidos de la existencia de una justicia objetiva (que identifican con su concepción), no podrán dejar de considerar legítimo cualquier acto de violencia que tenga por objeto consolidar esa justicia.

Desde una postura antagónica, Donoso Cortés proclama,

en el capítulo III del libro I de su "Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo" (1851), que la Iglesia católica, por ser la única verdadera, no puede mostrar tolerancia con el error. Esta actitud intolerante, añade, es necesaria para evitar que el hombre se deifique. La opinión de Donoso nos parece un curioso modo de racionalizar su miedo a pensar libremente.

En la misma línea, pero más moderadamente, Balmes mantiene, en los capítulos XXXIV y XXXV de "El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea" (1842-1844), que pueden tolerarse diversas opiniones cuando la verdad no es conocida, pero hay que ser intransigentes con los errores, o sea, con lo que en contra de la revelación o la doctrina de la Iglesia. En esta opinión captamos la íntima conexión que existe entre dogmatismo e intolerancia, así como la inclusión de términos subjetivos, valorativos (verdad, errores).

Sin embargo, nos interesa especialmente la última obra citada por la exposición que se ofrece sobre el fanatismo, en los capítulos VII y VIII del libro I, considerándolo, sobre todo un efecto de la Reforma protestante. Define allí Balmes el fanatismo como "una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada" (1842-1844, I, 131), así como una "absoluta ceguera del entendimiento y una irresistible energía en la voluntad" que es el resultado de "un sentimiento religioso extraviado" (Ibid., I, 153). Es interesante ver el efecto conductual que, según Balmes, se deriva de la tendencia fanática "a dejarse dominar de una idea, a exaltarse de ánimo en favor de ella, a transmitirla a cuantos le rodean, a propagarla luego por todas partes, llegando con frecuencia a empeñarse en comunicarla a los otros, aunque sea con las mayores violencias" (Ibid., I, 132).

Si analizamos el concepto de fanatismo de Balmes, encontramos básicamente los mismos elementos que se destacaban en el siglo anterior: irracionalidad (en el sentido de ceguera cognitiva), exaltación pasional por una idea, tendencia a la acción (comunicándola) y recurso a la violencia como instrumento. Distinguimos, no obstante algunos aspectos que poseen cierta originalidad. El impulso fanático posee un carácter coactivo, compulsivo, ya que es "irresistible", está "fuertemente señoreado" del ánimo del sujeto, le domina; en cierta contradicción con esto, admite también Balmes que el sujeto conserva la autonomía puesto que si la idea le domina es porque él ha llegado a "dejarse dominar" por ella, a "abandonarse libremente al impulso" (Ibid., I, 115).

Resulta llamativo el hecho de que Balmes más que hablar de la tendencia del fanático a la realización de la idea, limita la acción de éste a la conducta propagandista, tanto en su ámbito inmediato como "por todas partes". Hasta tal punto pone Balmes el acento en esta actitud proselitista (que ya destacó Voltaire) que si el fanático está dispuesto a "las mayores violencias", no es por realizar la idea, sino simplemente porque se empeña en comunicarla.

En otros pasajes, Balmes habla con menor originalidad, de un aspecto del fanático al que concede gran importancia, a juzgar por el número e intensidad de los epítetos que le dedica. Nos referimos a su psicopatología, ampliamente descrita. En efecto, el fanático sería "miserable maníaco", "demente", "loco", "insensato", "extravagante", "alucinado", con "manía de singularizarse", en fin, "propagador de delirios" (Ibid., I, 114 y 115).

Una trascendental innovación que detectamos consiste en que Balmes extiende su concepto de fanatismo "a cuantos objetos ocupan el espíritu humano, y así, hay fanáticos en religión, en política y hasta en ciencias y literatura

(Ibid., I, 131 y 132). Sin embargo, su análisis se ciñe al fanatismo religioso, cuya concreción unilateralmente restringe al ya entonces tradicional campo del entusiasmo religioso en las sectas protestante, mientras silencia el fanatismo de la represión inquisitorial, que se producía en la misma época.

Otra original aportación de Balmes al concepto de fanatismo, consiste en su delimitación entre este último con ciertas conductas afines. No sólo se refiere entonces a la distinción entre fanatismo y amor y entusiasmo por la verdad (como también había hecho Locke), sino entre fanatismo y heroísmo. La conducta estaría exenta de fanatismo siempre que "la opinión fuera verdadera, los medios de defenderla legítimos y la ocasión oportuna" (Ibid., I, 131). Y esto sería válido "por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrosten" (Ibid., I, 131).

En la práctica totalidad de las citas de Balmes que hemos presentado, encontramos graves defectos ya aludidos: dogmatismo, empleo de juicios valorativos y de términos no operacionales, de carácter subjetivo: "opinión falsa o exagerada", "sentimiento extraviado", "opinión verdadera", "medios legítimos", "ocasión oportuna". En todo momento, este filósofo habla teniendo como referencia una idea que considera verdad absoluta (la revelación, la doctrina de la Iglesia), que considera el polo opuesto del fanatismo.

Por el contrario, cuando propongamos nuestra definición de fanatismo, constataremos que la absolutización de una idea no sólo no es incompatible con el fanatismo, sino que constituye el primer paso para llegar a él.

b) La religión, como fanatismo

Feuerbach, y los que seguirán básicamente su pensamiento acerca de la religión (Bakunin, Marx, Nietzsche...), considerarán que la religión fue útil en otras épocas menos evolucionadas de la humanidad, pero que en la actualidad está históricamente desfasada y resulta perniciosa para el hombre. En la medida en que para estos autores la religión infunde un consuelo en un objeto imaginario, en la medida en que para ellos los dogmas religiosos alejan al hombre de sí mismo, o incluso le destruyen, en nombre de un pretendido ideal divino, podemos afirmar que, tanto Feuerbach como los que desarrollan su línea, ven la religión como lo que se conoce, en el siglo XIX, con el nombre de fanatismo.

Desde esta posición, además de continuarse el camino abierto por los filósofos de la Ilustración, se da un paso trascendental. En efecto, observamos que no sólo se considera fanatismo la superstición, o creencias religiosas falsas, sino la religión en sí misma. De todas formas, pensamos que las críticas que estos autores formulan contra la religión habría que entenderlas sobre todo como dirigidas al fanatismo religioso y a las tendencias que llamaremos "divinistas", es decir, que no conceden valor por sí mismos ni al hombre ni al mundo, sino que les instrumentalizan y ponen al servicio de otros valores (Dios, otra vida) considerados superiores²⁴.

24. Dunlap y Sumner, en su "Psychology of Religion. Religion and Psychiatry" (1967), han distinguido dos interpretaciones opuestas de la religión en la historia del pensamiento occidental. Según una, la religión busca la salvación propia y la paz interior a través del amor al prójimo, mientras que, para la otra, la religión centra su interés en el más allá y desprecia los intereses humanistas y mundanos (Ibid., 56, 80). Para estos autores es claro que la religión que condenan Feuerbach, Marx y Nietzsche es la religión de la segunda interpretación, que posee un carácter negativo y comporta efectos que adormecen como una droga (Ibid., 55 ss.). La religión, en cambio, de la primera perspectiva cumpliría una importante y saludable función psicohigiénica (Ibid., 34 ss.).

Para Feuerbach, la religión constituye una compensación ilusoria de un hombre que se desconoce a sí mismo, que no ha llegado a conquistar plenamente su propio ser. En "Das Wesen des Christentum", después de afirmar que el hombre proyecta en el cielo su propia imagen divinizada, añade que a través de dicha proyección despoja al mundo de lo que contiene, transportando a Dios dicho contenido. De esta suerte, el hombre quedaría empobrecido para enriquecer la imagen de Dios (1841, 129 ss.).

También para Marx la religión ha llegado a ser la compensación imaginaria de un hombre insatisfecho. Ahora bien, la raíz de dicha insatisfacción estaría en la explotación económica de que es objeto en la sociedad capitalista. "La miseria real", "el suspiro de la criatura hastiada por el dolor" impulsarían al hombre a buscar un alivio en esa "realización fantástica de la esencia humana" que sería la religión, "el opio del pueblo" (1843, I, 83, 84).

No se aparta de esta línea de pensamiento Bakunin cuando afirma que la religión ha servido para esclavizar y aplastar al ser humano "en provecho de la divinidad". De esta forma, "Dios surge, y el hombre se anonada, y cuanto más grande se hace la divinidad, más miserable se vuelve la humanidad... En la historia, el nombre de Dios es la terrible maza con la que los hombres, inspirados de distintos modos, han aplastado a los grandes genios, la dignidad, la razón y la prosperidad de los hombres" (1882, 58, 73).

Nietzsche se suma a los que, considerando la religión como "divinismo", ven en ella el aniquilamiento del hombre. Su ataque adquiere máxima virulencia al concentrarse en la religión cristiana: "En el cristianismo este proceso de despojamiento y envilecimiento del hombre llega al extremo. Todo bien, toda grandeza, toda verdad, no aparecen más que dados por gracia... El hombre busca un principio, en nombre

del cual pueda despreciar al hombre; inventa otro mundo para poder calumniar y manchar éste; no capta más que la nada y hace de esta nada un 'Dios', una 'verdad' llamada a juzgar y condenar esta existencia" (1911, I, 153 ss.).

Destaca aquí Nietzsche el carácter racionalizador de una religión convertida en fanatismo, es decir, en tendencia a buscar alguna razón aparente para justificar una conducta destructiva ("calumniar... manchar... juzgar y condenar").

c) El fanatismo, como entusiasmo y como dogmatismo

Taylor analiza el lado positivo del fanatismo en su "Natural History of Enthusiasm" (1829). Desarrollando este tema, -que, según vimos, ya había sido tratado por Locke, Hume y Voltaire, entre otros- Taylor coincide con algunos al advertir que el fanático orienta su vida no según la razón, sino de acuerdo con su exuberante imaginación, mostrando alegría²⁵ al dejarse llevar por el ímpetu de la pasión y marchando sin inmutarse hacia la destrucción.

En efecto, el hombre arrastrado por esta pasión posee una imaginación tan poderosa que le parece más real que la realidad, y llena su horizonte y guía su conducta de forma que no cede ante las más severas lecciones de la experiencia: "el entusiasta atraviesa la vida en una especie de feliz sonambulismo, sonriendo y soñando mientras avanza, inconsciente de todo lo fantástico: ya pise espinas con los pies descalzos, ya se sumerja en las aguas profundas, ya camine al borde del abismo, siempre conserva la misma serenidad impassible y hace gala de la misma atolondrada temeridad"²⁶.

25. Esta alegría constituye un buen indicador de lo gratificante que resulta esta conducta: soñando despierto, vive (o mejor, imagina vivir) en un mundo a la medida de sus deseos.

26. Esta referencia de la obra arriba citada de Taylor está tomada de Dunlap y Sumner (1967, 57-58).

La descripción que hace Taylor de la pasión fanática confiere a ésta un carácter profundamente inadaptado, próximo al delirio, puesto que tanto en su exaltación como en su serenidad, la conducta se orienta movida hacia objetivos inexistentes en la realidad y manifiesta una notable resistencia a adecuarse a la presión de la realidad. Por otra parte, según Taylor, la clave de la "serenidad impasible" del entusiasta residiría en la fuerza con que su imaginación se adhiere al objeto, resistiéndose a despegarse en ningún momento de él.

Para Max Stirner el fanatismo es "un entusiasmo en su plenitud", como afirma en "Der Einzige und sein Eigentum" (1842, 51). Los fanáticos estarían "poseídos por el Bien, la Virtud, la Moral u otros principios" (Ibid., 51), por una "idea obsesiva" que "se convierte en nuestro dueño" (Ibid., 49, 59) y nos mueve a una conducta compulsiva, de forma que "yo soy así y no puedo ser de otro modo" (Ibid., 59). La idea tiene un carácter "sagrado", "inmutable", puesto que lleva impreso el sello de "lo infinito y lo sobrehumano" (Ibid., 51 ss., 49). Los efectos del fanatismo son destructivos tanto en lo que respecta a uno mismo, por la renuncia de sí que implican (Ibid., 59 ss.), como si consideramos la violencia desplegada contra los demás: "...se arrojan rencorosamente sobre cualquiera que roce su obsesión" (Ibid., 50). Por todo ello, considera Stirner que los fanáticos son "locos, locos de atar" que si no son encerrados en un manicomio es debido a la coincidencia de sus ideas con las socialmente aceptadas (Ibid., 49).

Aunque las características que Stirner atribuye al fanatismo coincide fundamentalmente con las que algunos autores han ido apuntando hasta ahora, vamos a destacar dos que presentan un interesante sesgo de originalidad. En primer lugar, aplica el vocablo "poseídos" (que encontramos en el significado más primitivo de "fanatici"), refiriéndose no sólo

al campo religioso, sino a todos los que se dejan arrastrar por una fuerza extraña a sí mismo, de carácter superior, y dejan de ser propietarios de sí mismos (Ibid., 59), pierden su autonomía.

El otro importante rasgo innovador que ofrece Stirner es su insistencia en el carácter "sagrado", que evoca todavía con mayor evidencia que el vocablo "poseído", el origen religioso del término. En un mundo que ha iniciado ya un lento proceso de secularización de lo sagrado, la aguda mirada de Stirner detecta una corriente contraria: los fanáticos convierten en sagrada cualquier causa secular. Sus ideas son dogmas de fe, fuera de los cuales no es lícito pensar (Ibid., 50 ss.).

Para Renouvier y Prat ("La nouvelle monadologie", 1899) el fanático es un dogmático extremista, dominado por la pasión (Ibid., 236). Como dogmático, tiene la evidencia de estar en posesión de la verdad y no pone ningún interés en comprender al adversario, en analizar aquellos argumentos que le contradicen (Ibid., 233 ss.). El fanatismo es el dogmatismo en la acción, que tiende a realizarse hasta las últimas consecuencias: en el fanático, "es característico el ardor con que trabaja por todos los medios posibles para forzar a cualquier persona a creer y confesar lo que él cree y profesa" (Ibid., 236).

Renouvier y Prat contemplan dos definiciones de fanatismo, una ligada al ámbito religioso -"estado del espíritu del hombre que se atribuye inspiraciones divinas y consecuentemente poderes divinos"- como se había visto en el siglo anterior, y la otra definición, en la que el fenómeno toma un significado generalizado, considera fanatismo a la "pasión de servir a una causa o partido con un pretendido derecho ante el cual todos los demás derechos desaparecen" (Ibid., 236).

En esta definición última, que destaca por su relativa novedad y por su claridad, presenta singular interés la segunda parte, que relaciona hábilmente la preconizada legitimidad de la propia causa con la pérdida total de derechos por parte de los demás. Así pues, "se cree la verdad autorizada... a imponerse materialmente", y "legitimaría los actos injustos para establecer su dominación", tomando "a los hombres por instrumentos" (Ibid., 236).

d) El vocablo en enciclopedias del siglo XIX

Más de un siglo después de la publicación de la "Encyclopedie", pero en el mismo surco abierto por ésta, hemos descubierto dos interesantes exposiciones acerca del concepto de fanatismo, donde la diversidad de definiciones nos sugiere que es objeto de un uso frecuente. Nos referimos al "Grand Dictionnaire Universelle du XIX^e siècle" (1872) y a "La grande Encyclopedie" (c. 1895), obras ambas editadas por Larousse.

En la primera obra, después de referirse al significado de fanático que derivó del primitivo y que prácticamente se identificaba con "entusiasta" -"todos los que se imaginaban tener revelaciones e inspiraciones, que se creían transportados de un furor divino" (1872, VIII, 83).

Más adelante es descrito el fanatismo como un "Celo a ultranza por el triunfo de una doctrina religiosa" y al fanático como "el que toma la religión misma como objeto de sus sentimientos apasionados o como medio de sus venganzas y de sus furores". (Ibid., VIII, 84). En esta última definición resulta de interés ver que subraya el carácter meramente funcional, instrumental, expresivo que tiene para el

fanático una religión que estaría al servicio de sus sentimientos personales²⁷.

Se incluye también una definición de fanatismo, por extensión, que básicamente se prolongará hasta el siglo actual: "celo excesivo y violento; sentimiento impulsado hasta la exaltación; adhesión apasionada a una cosa, una idea, una opinión" (Ibid., VIII, 84).

A lo largo del artículo del "Grand Dictionnaire" que estamos comentando se incluyen referencias a los efectos peligrosos de esta "pasión exclusiva"; ahoga la voz de la razón, a veces tiene catastróficas consecuencias sociales, como ocurre "si este arma es utilizada por una religión celosa, intolerante, exclusiva y poseída de convertir a cualquier precio, incluso por el hierro y el fuego" (Ibid., VIII, 84).

La otra obra a que nos referíamos es la "Grande Encyclopedie, Inventaire Raisonné des sciences, de Lettres et des Arts" define así el fanatismo: "aberración producida ordinariamente por la frecuentación o la vecindad del templo, es decir, por la obsesión de tal o cual idea prestada de la religión o inspirada por ella y complicada sea con iluminación o entusiasmo, sea con odio o furor" (c. 1895, XVI, 1190). Desacertadamente, esta definición resulta demasiado restrictiva en su primera parte, que podría ser equivalente a beatitud religiosa, es decir, a una forma muy concreta de fanatismo. Se menciona, como hizo Stirner, el carácter obsesivo, subyugante de la idea. Es interesante la alusión al estado

27. La fórmula utilizada es interesante y podría aplicarse a otros campos. Por ejemplo, también puede decirse que hay quien toma la política (o el fútbol) como objeto de sus sentimientos apasionados, es decir, de su entusiasmo, de su indignación y de sus furores.

anímico que produce el fanatismo visto en su vertiente positiva, "iluminación o entusiasmo", y en su aspecto negativo, "odio o furor". Según las circunstancias, la intensidad emocional se volcará hacia uno de los dos polos.

La conducta destructiva que de ahí dimana, justificada por la convicción de ejecutar la voluntad divina, es tal, prosigue la "Grande Encyclopédie", que el fanático "no admite nada que pueda representar un obstáculo legítimo: ni las leyes de la naturaleza, ni los derechos de la verdad o de la justicia" (c. 1895, XVI, 1190). Es original el acento que se pone en notar que "todo fanático es sincero, si no habría que darle otro nombre", ya que el compromiso total que adquiere con su idea, aun teniendo en contra las leyes de la naturaleza o de la sociedad, es una prueba fehaciente de que cree lo que practica con tanto riesgo (Ibid.).

El significado generalizado de fanatismo -extendido a los campos político, filosófico, literario, artístico-, señala la "Grande Encyclopédie", presenta sus dos características principales en coincidencia con el religioso, ya que ambos atribuyen a la idea dominante "un valor excesivo y un derecho soberano", lo cual equivale prácticamente a no reconocer el valor y derecho de los otros (Ibid., XVI, 1191). Hay también una alusión al talante patológico de los diferentes tipos de fanatismo, ya que éstos "perturban de modo parecido el juicio y la conciencia" (Ibid., XVI, 1191).

4. El vocablo en la actualidad

A fin de poder formarnos una idea lo más completa y precisa posible del significado que hoy día se otorga, tanto en el lenguaje corriente como en el especializado, al vocablo "fanatismo", hemos procedido a consultar los diccionarios y enciclopedias actuales, de tipo general o de especia-

lidad, a los que conseguimos tener acceso en bibliotecas, teniendo más en consideración las que destacan por su amplitud, difusión o calidad.

En segundo lugar, hemos consignado el sentido que se confiere al término "fanatismo" en la investigación psicológica, psiquiátrica y sociocultural. Al final de cada uno de estos dos apartados, realizaremos una valoración comparativa de las definiciones aportadas y extraeremos conclusiones.

A) Diccionarios y Enciclopedias

Distinguiremos dos categorías de obras, las generales y las especializadas, comprendiendo dentro de estas últimas las de inspiración religiosa (de peculiar interés, dada la conexión religiosa del vocablo en su origen y desarrollo) y diccionarios de filosofía, psicología y psiquiatría. Nos referiremos al término tanto expresado en forma de adjetivo como de sustantivo.

a) Diccionarios y Enciclopedias generales

En el "Diccionario de la Lengua Española" (1970), de la Real Academia de la Lengua Española, encontramos las siguientes definiciones:

"Fanático: que defiende con tenacidad desmedida y apasionamiento, creencias u opiniones religiosas.- Preocupado o entusiasmado ciegamente por una cosa".

"Fanatismo: tenaz preocupación, apasionamiento del fanático".

Las definiciones del D.R.A.E. presentan un sentido demasiado amplio, pues se limitan a referirse a la pasión por algo, con algún pequeño matiz. En la primera el sentido se toma restringiéndolo a la religión. En las otras por extensión.

Estas definiciones, con alguna modificación no significativa, las hemos encontrado en el "Diccionario Enciclopédico Salvat" (1967, XI)²⁸, "Gran Enciclopedia Catalana" (1974, VII, 289)²⁹, "Gran Enciclopedia Larousse" (1972)³⁰ y "Diccionario del uso del español" (1970)³¹. Para este último es fanático el "partidario exaltado e intolerante de una creencia", donde observamos que se expresan las vertientes positiva y negativa del fenómeno ("exaltado e intolerante"), no sólo la primera, como ocurre con las otras definiciones. La aplicación del término no se restringe a lo religioso, está generalizada a todos los campos. Al objeto del fanatismo se le llama creencia, opinión, partido o causa.

La "Enciclopedia Universal Ilustrada" de Espasa-Calpe (1958, XXIII, 214-216) define el fanático como el "que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas o supersticiones en materia de religión". Esta noción, además de resultar demasiado amplia, restringe excesivamente su campo de aplicación al de los errores religiosos.

La E.U.I. define el fanatismo como "tenaz preocupación del fanático, exaltación de ánimo en virtud de la cual se

28. Salvat, Barcelona, 1976.

29. Edicions 62, Barcelona, 1974.

30. Planeta, Barcelona, 1972.

31. Gredos, Madrid, 1970.

lleva al extremo las creencias religiosas o políticas, moviendo a hechos verdaderamente frenéticos por su defensa". Esta definición da un sentido más preciso al apasionamiento fanático, pues recalca sus efectos: se lleva al extremo las creencias y se desarrolla una conducta potencialmente destructiva. La aplicación se restringe al campo político y religioso.

Es interesante considerar que la E.U.I. hace también mención de la iconografía del fanatismo: "se le representa en figura de un joven con los cabellos erizados, un libro en una mano, y en la otra un puñal o una tea incendiaria"³². A través de esta imagen se nos destaca la intensidad emocional del fanático ("cabellos erizados"), la importancia directriz que para él tienen las ideas (libro en la mano) y lo destructiva que se vuelve su conducta.

Consideramos útil la consulta del "Ensayo de un diccionario de sinónimos y antónimos" (1967), de F. Sainz de Robles³³, porque no se nos oculta que la elevada cantidad y variedad de sinónimos del vocablo "fanatismo", constituyen importantes indicios no sólo de que el fanatismo es tema frecuente en la comunicación verbal de los hispanohablantes, sino de que se ha llegado a una notable gama de matices idiomáticos para referirse a términos próximos a "fanatismo" sin confundirse con él.

32. La descripción iconográfica citada pensamos que ha sido incorporada tomando como inspiración la forma en que se representaba a las Furias o Euménides, dada la notable semejanza que se observa en ambas representaciones, y la coincidencia de su nombre con la conducta expresada en la iconografía fanática (el furor). En efecto, estas divinidades greco-romanas, que viven en el infierno y castigan los crímenes humanos, han sido representadas iconográficamente con cabellos coronados de serpientes, una antorcha encendida en una mano y un puñal en la otra.

33. Publicado por Aguilar, Madrid, 1967, (2ª ed.

Sainz de Robles señala dieciséis sinónimos de nuestro vocablo, a los que pueden añadirse otros tres resultantes de sustantivar los tres nuevos términos que aparecen como sinónimos de "fanático" (celoso, exaltado y recalcitrante). De esta forma se totalizan diecinueve sinónimos de "fanatismo", los cuales hemos ido agrupando, en torno a las características que representa cada uno de ellos. Mediante este procedimiento obtendremos una reproducción aproximada del concepto de fanatismo que hay implicado en los diecinueve vocablos semejantes que se consideran sinónimos³⁴.

Por tanto, ésta es nuestra clasificación (subrayamos las características distinguidas, que agrupan sinónimos con connotaciones semejantes):

- Intensidad emocional (8 sinónimos): acaloramiento, ardor, apasionamiento, entusiasmo, exacerbación, exaltación, fogosidad, fervor.
- Dedicación a la causa (5 sinónimos).
 - . entrega: incondicionalidad, celo
 - . fidelidad: lealtad
 - . resistencia a la oposición: obstinación, (conducta) recalcitrante.
- No permisión de otras causas (3 sinónimos): intolerancia, intransigencia y sectarismo.
- Bloqueo cognoscitivo: (1 sinónimo): ceguera.
- Absolutización de la idea (1 sinónimo): idolatría
- Aberración religiosa (1 sinónimo): superstición.

34. Es obvio que los vocablos sinónimos nunca son absolutamente idénticos, por lo que cada uno aporta algo nuevo al otro.

Como resultado de esta clasificación de los sinónimos del fanatismo, teniendo en cuenta la relación de Sainz de Robles, creemos estar en condiciones de afirmar que los habitantes, cuando quieren referirse al fanatismo empleando otros vocablos, escogen prioritariamente términos que expresan -citamos por orden de importancia- intensidad emocional, dedicación a la causa y no permisión de otras causas. Prueba de ello es que 16, de los 19 vocablos sinónimos que ofrece el castellano, pueden incluirse en las tres notas citadas. Sobre otros rasgos del fanatismo los recursos lingüísticos son escasos: bloqueo cognoscitivo, absolutización de la idea y aberración religiosa sólo engloban un sinónimo cada uno. Al parecer, estos rasgos del fanático no destacan tanto a los ojos del hablante como los que se han mencionado primeramente.

b) Diccionarios y Enciclopedias especializados

De las definiciones que aquí tomaremos en consideración, las más perfiladas y completas las encontramos en cuatro obras de inspiración religiosa o filosófica: "Dictionnaire de Théologie Catholique" (1924), de J. Bouché³⁵, "Enciclopedia Cattolica" (1950)³⁶, "Gran Enciclopedia Rialp" (1971)³⁷ y "Diccionario de lenguaje filosófico" (1967), de Paul Foulquié³⁸.

35. Librairie Letouzey et Ané, Paris, 1924.

36. Città del Vaticano, 1950.

37. Rialp, Madrid, 1971.

38. Labor, Barcelona, 1967.

Efectivamente, en los cuatro casos se describen en la primera parte de la definición los síntomas que se consideran más salientes del fanático, mientras que en la segunda se muestra la destructividad, potencial o de hecho, de la conducta fanática.

Vamos a consignar las cuatro definiciones mencionadas y pasaremos a continuación a comentarlas.

-J. Bouché: son fanáticos "los que se imaginan tener revelaciones o inspiraciones y que, atribuyéndose en consecuencia poderes divinos, humanamente irresponsables, sostienen sus ideas hasta el punto de querer imponerlas por la fuerza o por la violencia" (1924, V, 2ª parte, col. 2072).

-Enciclopedia Cattolica: "Fanatismo... es la condición de aquellos que, creyéndose investidos de una misión religiosa, civil o social, además, con una pertinacia singular en sus ideas, recurren a todos los medios, incluso violentos, para hacerla triunfar" (1950, IV, col. 1009).

-Enciclopedia Rialp: "En el uso común, el fanatismo es una actitud humana que comporta la entrega exagerada y desmedida a una idea. Supone, por tanto, una preocupación o apasionamiento ciego por una cosa; una exaltación de la inteligencia (obcecación) y de la voluntad (terquedad)" (1971, IX, 732).

En el mismo lugar, se concluye que el fanático es "intolerante, apasionado por el triunfo de su propia fe, insensible a cualquier otra causa y dispuesto a utilizar la violencia contra los que no comparten su idea" (1971, IX, 733).

-Foulquié: el fanatismo es una "disposición del que está animado, hacia la religión o hacia cualquier otra causa, de un celo ciego que le hace descuidar lo demás y tener por legítimos todos los medios" (1967).

Las dos primeras definiciones son sensiblemente parecidas: el fanático está seguro de haber sido algo grande, lo que le hace defender sus ideas pertinazmente y recurrir incluso a la violencia. No es óbice para esta semejanza que Bouché aplique su definición tan sólo al campo religioso³⁹, lo cual muestra que las nociones religiosa y secular son equivalentes.

En las otras dos definiciones restantes se considera que los primeros síntomas del fanático son una pasión, un celo ciego por una causa, destacando también Rialp la terquedad. Las consecuencias son negativas y hacen referencia tanto a la incapacidad para considerar y valorar otras causas como a la disposición para recurrir a cualquier medio, sin excluir la violencia. Es interesante la alusión que hace Foulquié a que los medios empleados se toman por legítimos.

Hemos localizado tan sólo cuatro definiciones de fanatismo en diccionarios de psicología y psiquiatría que pecan todas ellas del mismo defecto: ofrecen un concepto demasiado amplio de fanatismo que resulta inadecuado para un trabajo científico. Estas definiciones, que son más propias de un diccionario vulgar que de uno especializado, pertenecen a estas obras: "Diccionario de psicología y psicoanálisis", de H.B. English y A. Ch. English⁴⁰; "Diccionario de Psicología", de W. Arnold, H.J. Eysenck, R. Meil y K. Thomas⁴¹; "Psicología", de H. Pieron⁴² y "Glosario de términos psiquiátricos", de Lise Moor⁴³. Vamos a reproducir las cuatro definiciones dichas que irán precedidas del primero de los autores de la obra a que pertenece (en caso de que haya varios).

39. Podemos observar que Bouché es la excepción en las cuatro definiciones que acabamos de ver, pues todas las demás aplican el concepto a cualquier campo de la actividad humana.

40. Paidós, Buenos Aires, 1977.

41. Rioduero, Madrid, 1979.

42. Kapelusz, Buenos Aires, 1974, 2ª edic.

43. Toray Masson, Barcelona, 1969.

-English: "Excesivo celo por una causa, manifestado por una intensa emoción y esfuerzos extremos, aunque a menudo transitorios, en su favor" (1977).

-Arnold: "Actitud de mentalidad estrecha, apasionada y combativa por parte de algunos que son, por ejemplo, víctimas de una propaganda eficaz y que propalan enfáticamente ideas exageradas que no aceptan compromiso" (1979).

-Moor: "Adhesión a una opinión, en general religiosa o política, que tiene un carácter pasional" (1969).

-Pieron: "Intolerancia pasional" (1974).

En las cuatro definiciones vemos que tan sólo se tiene en cuenta lo que llamábamos síntomas o notas distintivas del fanatismo, sin hacer referencia a lo que consideraremos más específico del fanatismo, que es precisamente su capacidad para comprometer la conducta hasta las últimas consecuencias saltando por encima de las convenciones sociales y realizando actos destructivos contra sí o contra otros. Arnold es el único de estos autores que apunta algo de los efectos de la pasión fanática ("...propalan enfáticamente ideas exageradas que no aceptan compromiso"). Por el contrario, definiciones como las de English o Moor se limitan a describir estados de ánimo. Finalmente, destacamos que nos llama la atención la alusión a la transitoriedad del fanatismo, que ya había sido apuntada por Hume (vide supra, 1.1.2.b.).

c) Conclusiones

Nuestra valoración global acerca de las definiciones de diccionarios y enciclopedias va a centrarse en sacar conclusiones sobre la comprensión del concepto resultante (lo cual implica deducir cuáles son las notas características que lo

constituyen). Con todo, también haremos referencia al ámbito de aplicación de dicho concepto y a la operacionalidad de los términos que se han empleado.

Las definiciones se inician a través de la identificación del fanatismo con un aspecto emocional (por ejemplo, apasionamiento, exaltación), motivacional (celo) o cognitivo-motivacional (preocupación). También puede identificarse el fanatismo con un aspecto más global de la personalidad, y entonces se habla de actitud disposición o adhesión (que incluirían elementos emocionales, cognitivos y motivaciones).

El objeto del fanatismo suele enunciarse como creencia (es decir, como algo que es aprendido por fe o por intuición, no por vía racional y de argumentación) o como opinión (o sea, que tampoco se trata de una cosa evidente a los ojos de todos, sino discutible, opinable) aunque puede considerarse también un partido (que sería depositario de la idea), una causa (o programa de acción) o bien una misión encomendada. La idea que es objeto del fanatismo puede poseer un contenido muy diverso (político, religioso...).

Las características que unas u otras definiciones incluyen en el concepto de fanatismo pueden clasificarse en dos apartados, según se refieran al fanatismo como actitud o como conducta. En realidad, esta distinción equivale a la que hacíamos anteriormente entre síntomas del fanatismo y consecuencias o efectos de éste. Recuérdese igualmente que ambas partes solían ir expresadas en el primer y segundo lugar de la definición, respectivamente.

El fanatismo como actitud abarca características a nivel de cada uno de sus componentes emotivos, cognitivos y tendenciales o motivacionales. La emocionalidad se expresa con sustantivos como apasionamiento, entusiasmo o furor

(cuyas connotaciones son, aquí aproximadamente, neutras positivas y negativas), o adjetivos del estilo de exagerado, desmedido, extremado (aquí todas las connotaciones son negativas).

A nivel cognitivo, el fanático muestra atención selectiva, preocupación por alcanzar la propia meta, mientras que desatiende, también selectivamente, otros aspectos exhibe ceguera⁴⁴ e insensibilidad hacia otras causas (Rialp). La elevada motivación del fanático, su intenso esfuerzo dirigido hacia la meta se concreta en términos como celo, entrega; esta dedicación fanática reviste un carácter total (incondicional, sin aceptar compromisos), fiel (lealtad) y constante⁴⁵, especialmente notable por la resistencia que se ofrece al enemigo (obstinación, tenacidad, pertinacia). El fuerte impulso hacia la propia causa contrasta con el desinterés hacia otras, llegando a descuidar lo demás (Foulquié).

No pueden pasarse por alto varios términos de las definiciones que revelan la actitud de superioridad del fanático y la creencia en la legitimidad de la propia causa. Así es, puesto que a veces se imagina que ha recibido poderes divinos (Bouché) o que se le ha investido para una misión religiosa, civil o social (Encicl. Cattolica). No es extraño que quien se cree elegido por una instancia superior considere

44. La idea de ceguera fanática aparece, además de con este nombre, en variedades como ciego, ciegamente y obcecación. También indica deficiencia cognoscitiva el rasgo "mentalidad estrecha", que es apuntado por Arnold.

45. A pesar de esta perseverancia fanática, English habla del carácter frecuentemente transitorio de las emociones y esfuerzos fanáticos. Pensamos que ambas notas son compatibles si se tiene en cuenta que la intensidad fanática se despliega básicamente en circunstancias adversas, no en todo momento.

legítima cualquier conducta encaminada hacia su objetivo (Foulquié) y se considere humanamente irresponsable (Bouché).

El fanatismo como conducta reflejaría en las definiciones citadas las siguientes características:

- intolerancia hacia el enemigo
- afán combativo (Arnold) por imponer las propias ideas (Bouché) y hacerlas triunfar (Encicl. Cattolica);
- violencia previamente justificada (enciclopedias religiosas, Foulquié);
- proselitismo entusiasta (Arnold).

Respecto al ámbito de aplicación del término fanatismo, aunque todavía suele insistirse en el matiz predominantemente religioso del término y aun teniendo en cuenta que también es frecuente tener en cuenta el campo político, en casi todas las obras consultadas encontramos alguna acepción por extensión (es decir, de aplicabilidad generalizada).

No son admisibles en las definiciones los términos que carezcan de operacionalidad, como por ejemplo, Espasa-Calpe habla de "opiniones erradas", implicando un evidente juicio de valor, un carácter subjetivo. Tampoco son aconsejables desde el punto de vista operativo términos como "desmedido" o "exagerado": diversos observadores pueden interpretarlos de diversa manera, ya que no poseen una traducción empírica clara.

B) Investigación psicológica

a) Introducción; fanatismo e investigación

Incluimos aquí autores de procedencia interdisciplinaria que, en la mayoría de los casos sólo han hablado de paso so-

bre el fanatismo. Asimismo, son muy pocos los que definen el fenómeno, por lo que nos hemos visto forzados a ir rastreando el concepto a través del uso del término. Queremos decir que nuestro intento ha consistido en averiguar el significado que un autor determinado da a los vocablos "fanatismo" o "fanático" analizando los contextos en que son usados; de ahí hemos procurado inducir el significado general que está implicado.

Si bien este procedimiento ofrece el atractivo de ponernos en contacto con el significado vivo y concreto del término así como con sus connotaciones, es innegable que presenta como contrapartida diversos inconvenientes. Entre éstos destacamos que los textos analizados no suelen referirse al fanatismo en general, sino a alguna forma concreta, de donde se deriva el peligro de incorporar a la definición que atribuimos al autor de que se trate ciertos elementos que dicho autor no considerada propios de todo fanatismo. sino sólo del caso particular a que él se refiere.

Después de consultar fuentes de marcada heterogeneidad, hemos observado, -con cierta sorpresa, lo reconocemos- que la mayor parte de autores que se han interesado por el estudio del fanatismo proceden del psicoanálisis o han recibido una influencia notable de esta concepción teórica. Desde el primer momento pensamos que esta coincidencia no era producto del azar, sino que debía existir alguna conexión entre la naturaleza del fanatismo y el carácter de los fenómenos a que el psicoanálisis dedica especial atención.

En efecto, siendo la emocionalidad no sólo una de las características más visibles del fanatismo, sino también una de las más peculiares, y, teniendo en cuenta que el psicoanálisis concentra su atención en fenómenos de esta índole, no debe extrañar que las irrupciones fanáticas de entusiasmo o indignación sean objeto de especial interés por los

investigadores psicoanalistas, los cuales es posible que vean en ellas manifestaciones de conflictos personales reprimidos.

Habría que añadir que casi todos los estudios sobre fanatismo actuales remiten a marcos de análisis de tipo político o religioso; ahora bien, en ambos casos la perspectiva más comúnmente adoptada es, por cuanto conocemos, la psicoanalítica. Pensamos que a este hecho han contribuido no sólo las importantes obras sociales de Freud (fundamentalmente, "Psicología de masas y análisis del yo", "El malestar de la cultura" y "El porvenir de una ilusión"), sino la rica escuela de psicoanálisis social que de él se derivó (Fromm, Adorno, Reich, Marcuse...).

Dentro de la investigación actual sobre el fanatismo vamos a distinguir, como apuntamos en el anterior encabezamiento, tres campos: el psicológico, el psiquiátrico y el sociocultural. Sin embargo, somos conscientes de que la distinción adolece de cierta artificialidad, de que estos apartados no presentan unos límites perfectamente marcados puesto que existen intersecciones entre ellos. Por ejemplo, en el campo psicológico incluimos autores que frecuentemente se refieren a la conducta fanática en el seno de movimientos sociales; asimismo, en la esfera sociocultural nos referiremos a estudios que acusan una orientación marcadamente psicológica (por citar un caso, puede tenerse en cuenta el artículo de Forster "Violence of the fanatical left and right").

b) Psicoanalistas clásicos

Comenzaremos por estudiar cómo describen el fanatismo algunos autores de posición especialmente significativa en

la teoría psicoanalítica (Freud, Jung y Fromm⁴⁶); a continuación, nos referiremos a tres amplias monografías de idéntica tendencia que valoramos singularmente por ser las únicas que hemos conseguido localizar (nos referimos a las de Rudin, Bolterauer y Haynal et al.) y, finalmente, haremos mención de otros investigadores cuyas aportaciones al estudio del fanatismo han sido relativamente exiguas, pero que, por la penuria bibliográfica de que hemos hablado, deben ocupar un lugar en nuestro trabajo.

En el opúsculo "Una concepción del universo"⁴⁷ (1932), Freud se pregunta el por qué de la inclinación humana a elaborar visiones del mundo ("Weltanschauungen") y sus funciones en la economía psíquica del individuo. Freud se ciñe prácticamente a la concepción religiosa (islámica, sobre todo, cristiana) y a la política (marxista bolchevique). Hacia el final del opúsculo realiza un análisis de la que denomina "fe fanática" de los militantes bolcheviques, que considera básicamente coincidente con el fanatismo religioso de otros tiempos (1932, II, 965).

Para Freud los bolcheviques fanáticos profesan una fe irracional en cuanto que se prohíben a sí mismos toda duda, se dejan llevar por un optimismo poco realista y abrazan las obras de Marx como si de una fuente de revelación se tratase (Ibid., II, 964). Para proteger esta nueva fe, el

46. Aunque algunos pueden discrepar de nuestra opinión, creemos que Fromm se ha convertido en un clásico del psicoanálisis.

47. Este opúsculo forma parte de un conjunto de trabajos que figuran bajo el título "Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse" (1932, II, 953-965).

marxismo bolchevique "ha creado... una prohibición de pensar tan implacable como la de la religión de su tiempo. Ha prohibido toda investigación crítica de la teoría marxista y las dudas sobre su exactitud son castigadas como en tiempos de herejía por la Iglesia católica". Por otra parte, prosigue, "desplaza hacia el exterior las tendencias agresivas que amenazan toda sociedad humana" y, de esta manera, crea hombres intransigentes que son capaces de llegar hasta la brutalidad sin titubeos: "hombres de acción, incommovibles en sus condiciones, inaccesibles a la duda, insensibles al dolor de los demás cuando éstos obstruyen su camino" (Ibid., II, 964, 965).

Freud concluye este vigoroso retrato del bolchevique fanático poniendo en su boca la justificación de su conducta destructiva en aras de una sociedad mejor: "Mientras los hombres no queden transformados, no se puede prescindir de la coerción en su educación ni de la prohibición de pensar y la violencia hasta el derramamiento de sangre" (Ibid., II, 965). Ahora bien, como según Freud la realización del ideal marxista es "harto inverosímil" (Ibid., II, 964), la coacción y la violencia pueden quedar indefinidamente justificadas en nombre de esta "ilusión".

Aunque ya hemos puntualizado que el fanatismo que Freud pinta es el bolchevique, teniendo en cuenta que también hemos subrayado su tentativa de presentar este último como una nueva versión de un secularizado fanatismo religioso, estimamos que es posible hacer generalizaciones acerca del concepto freudiano de fanatismo⁴⁸.

48. Nuestra opinión se evidenciará más adelante, cuanto expongamos que nuestro concepto de fanatismo conlleva una determinada concepción del mundo. Ahora bien, éste es el contexto en que se mueve Freud en el opúsculo que hemos comentado.

En conclusión, para Freud el fanatismo consistiría en una fe obstinada (inaccesible a la duda) en una concepción del mundo que se tiene por verdad absoluta en nombre de la cual se persigue cualquier forma de pensamiento distinta y se recurre a la violencia como medio. Caracterizaría también al fanático su entusiasmo por una meta inverosímil (que no es más que una ilusión) y su insensibilidad al sufrimiento de sus oponentes. Estas pinceladas se adecúan bastante bien al concepto de fanatismo que nos ha aparecido en anteriores definiciones, pero ofrece como aspecto original y relevante una conexión entre fanatismo y concepción del universo.

Jung opina que "son los convertidos los más grandes fanáticos" (1948, 204). Efectivamente, en su extensa obra tan sólo encontramos dos fugaces referencias al fanatismo y ambas⁴⁹ se aplican al convertido: en un caso, la conversión es religiosa, en el otro, intelectual. Jung no tiene interés en describir cómo es el fanatismo sino más bien explicarlo. "El fanatismo no es más que una supercompensada" (1921, II, 115)⁵⁰, afirma. Ahora bien, la intensidad del fanatismo es directamente proporcional a la duda: "Cuanto más trata de rechazar la duda, más fanática se vuelve la actitud consciente", de tal forma que, ante el "paroxismo de la duda", el sujeto recurriría a "una exagerada defensa", es decir, al fanatismo (Ibid., II, 115). En el fanático se muestran sentimientos sociales extremos que brotan de esa actitud defensiva, por lo que el intenso amor que experimenta hacia unos o su fuerte resistencia u odio hacia otros no obedecen a motivos racionales, sino a una reacción compensatoria ante el conflicto interno (1948, 204 ss.).

49. Las obras mencionadas son "Psychologische Typen" (1921) y "Über psychische Energetik und das Wesen der Träume" (1948).

50. Hallamos en la otra obra mencionada una aseveración equivalente: "El fanatismo siempre se da en los que tienen que acallar una incertidumbre interior" (1948, 204).

Los aspectos que consideramos más interesantes en la escueta descripción que efectúa Jung acerca del fanático son: extremosidad de sentimientos, irracionalidad (como exteriorización del conflicto inconsciente) y certeza (como supercompensación). No encontramos alusiones directas a la conducta destructiva fanática. Jung nos resultará sumamente útil a la hora de buscar una explicación al fanatismo.

En su investigación psicológica sobre la política internacional que lleva por título "May Man Prevail?" (1961)⁵¹, Erich Fromm estudia diversas formas de lo que llama "pensamiento patológico en política", una de las cuales es el pensamiento fanático. Ante todo, Fromm rechaza la idea de algunos según la cual es fanático "Todo el que tenga una fe profunda en una convicción espiritual o científica que difiera radicalmente de las opiniones de los otros y que todavía no hay sido probada", puesto que entonces, injustamente, habría que llamar fanáticos a personajes de la talla de Buda, Sócrates, Jesucristo o Marx (1971, 39)⁵². Quien debe ser llamado correctamente fanático, dice Fromm, es "cualquiera que sustente una inquebrantable creencia en... muchas aserciones que están claramente en contraste con las leyes del pensamiento racional" (Ibid., 39).

51. Transcribimos el título completo de la obra "May Man Prevail? An Inquiry into the Facets and Fictions of Foreign Policy".

52. Cuando discutamos las connotaciones del término "fanatismo", mencionaremos a otros autores que, como Fromm, rechazan la posición de quienes, al declararse enemigos del fanatismo, incluyen en el mismo saco cualquier convicción profunda e idealista.

El mismo Fromm se declara insatisfecho de su definición puesto que, señala, no es fácil diferenciar qué es racional y qué es irracional, y añade que el mejor modo de reconocer al fanático es prestar atención a las cualidades de su personalidad. Y "la más importante cualidad personal del fanático -habitualmente observable- es una especie de 'fuego frío', una pasión que al mismo tiempo carece de calor" ya que "el fanático no se siente ligado al mundo que está a su alrededor; no se preocupa por nadie ni por nada" y "vive en un estado de excitación narcisista"⁵³. Aunque parezca muy interesado por realizar un ideal, prosigue Fromm, el fanático es incapaz de amar, de "mantener vinculaciones humanas auténticas". En definitiva, el fanático es un hombre que "se ha construido para sí mismo un ídolo, un absoluto al cual se entrega completamente, pero del cual constituye una parte" (Ibid., 40 ss.).

Según lo dicho, Fromm concibe al fanático como un ser con dos caras opuestas. Pero muchos sólo ven una. Por ello le resulta "tan seductor", porque "parece sentir tan intensamente y estar tan convencido!" (el subrayado es del autor). Concluye Fromm que "será particularmente engañoso para los demás si el contenido del ídolo es el amor, la fraternidad, Dios, la salvación, el país, la raza, el honor, etcétera, antes que la destructividad u hostilidad francas, o el desembozado deseo de conquista" (Ibid., 40, 41).

La pintura que realiza Fromm notamos que ha captado bien el carácter paradójico de la personalidad fanática, que tan acertadamente describió Kretschmer⁵⁴, y su impacto

53. Es decir, "es un apasionado en su sumisión idolátrica y en su grandiosidad, pero frío en su incapacidad para la vinculación y el sentimiento genuinos" (Ibid., 40, 41).

54. Como tendremos ocasión de ver más adelante, para Kretschmer el personaje fanático encarna la paradoja: se muestra hipersensible al más ligero sufrimiento humano, pero puede llegar a cometer toda clase de brutalidades, manteniendo el ánimo impasible.

persuasivo, así como su radical irracionalidad y su capacidad para absolutizar. Sin embargo, el aspecto más interesante que notamos en su descripción es la alusión al carácter engañoso de la conducta fanática: detrás de sus ideales de amor y salvación, acecha la destructividad.

c) Tres monografías

En su obra "Fanatismus" (1965), Josef Rudin se abstiene de definir el fanatismo. Con todo, trataremos de extraer los rasgos que considera más destacados en el fenómeno. En su análisis fenomenológico, señala Rudin que la primera nota "que salta a la vista en todos los seres, grupos y movimientos fanáticos, así como en los comportamientos y formas de exteriorización de los mismos, es la intensidad" (1965, 33). Esta categoría cuantitativa que es la intensidad "positivamente supone cierto grado de energía, de despliegue de fuerzas, de vitalidad y vivacidad; pero negativamente, significa prescindir de la consideración de determinados valores" (Ibid., 34). Incluso el valor que en principio se persigue como meta puede irse relegando a segundo término a medida que la intensidad de la pasión va creciendo⁵⁵: a mayor intensidad, menor selección de objetos y medios. (Ibid., 34).

La intensidad psíquica del fanático, añade Rudin, se concreta en forma de exaltación corporal (agitación, gritos, tensión en los gestos y en la mirada), apasionamiento y parcialidad en el juicio (se exageran determinados aspectos⁵⁶,

55. Puede ocurrir entonces, nota Rudin, que "después de luchar durante prolongadas décadas ya no llega a saberse en realidad por qué comenzó el combate..." (1965, 34).

56. "La sobreiluminación de un punto produce la infrailuminación del campo visual restante" (1965, 63).

se generaliza, llegándose a caricaturescas simplificaciones) y "furor volitivo" (es decir, "convicción casi monomaniaca" y "entrega plena a un ideal"). La voluntad de acción del fanático puede llegar a sacrificar todo descanso y goce propios en aras de un ideal vivido como un deber. También puede desembocar en forma de suma crueldad, sin dar muestras del menor escrúpulo (Ibid., 39-67).

Es original la insistencia de Rudin en la intensidad. Especialmente su indicación de que la intensidad de la pasión por un valor determinado puede hacer que vaya decreciendo este último mientras aumenta la intensidad.

Bolterauer, en su artículo "Der Fanatismus, sine tiefenpsychologische Studie" (1975), afirma que "el fanatismo se caracteriza por una entrega monomaniaca, notablemente apasionada, que cautiva y pone en acción todas las fuerzas, capacidades e intereses de una persona, hacia una empresa colectiva moral con un empeño de realizar totalmente un objetivo, de tal forma que no se tiene en cuenta ningún otro deber, y en la lucha contra el enemigo se ponen -con buena conciencia y sin escrúpulos- todos los medios posibles, incluso los reprochables moralmente" (1975, 292). Añade Bolterauer que el celo del fanático es infatigable y autodestructivo, que consagra su vida a la empresa (o tarea vital) y que la falta de escrúpulos implica una "anomalía del superyó"⁵⁷ (1975, 287).

57. Como ejemplos significativos de esta crueldad fanática, habla Rudin de Savonarola que pregonaba en el púlpito contra Pedro de Médicis: "¡Cortadle la cabeza!". de Calvino invitando a los jueces a "condenar muchos más herejes" y de Tomás Müntzer, que se tenía a sí mismo por exterminador de los incrédulos, a quien Dios había confiado la espada de Gedeón (1965, 64). En definitiva se trata de llevar a la práctica la máxima "fiat justicia, pereat mundus" (Ibid., 61).

Si comparamos la definición de Bolterauer con la que extrajimos de Rudin, notamos numerosos elementos comunes: entrega monomaniaca, gran pasión, conducta destructiva con uno mismo y con los demás, falta de escrúpulos. Pero Bolterauer añade otros elementos nuevos que consideramos de gran interés: actualización de las capacidades del fanático, alusión al carácter colectivo del objetivo perseguido, dedicación de toda la vida a ese objetivo y mención de la "anomalía del superyó"⁵⁸.

Constituye una novedad, por la perspectiva histórica que adopta y por su carácter reciente, la obra monográfica de A. Haynal, M. Molnar y G. de Puymège ("Le fanatisme. Histoire et psychanalyse", 1980). Las características que Molnar descubre en el fanatismo son éstas: "la exclusividad, la intolerancia"⁵⁹, la búsqueda del absoluto, el sentimiento de tener razón, esa impermeabilidad a todo razonamiento que quisiera desviarlo" (1980, 318).

Por su parte, G. de Puymège, declara: "Fe, exceso"⁶⁰ de celo, exclusivismo, inmediatez⁶¹ de la purificación, com-

58. Sin embargo, esta "anomalía del superyó" es un elemento explicativo que no vamos a valorar en esta primera parte de nuestro trabajo que es de carácter descriptivo.

59. La exclusividad conduciría a la intolerancia, como refleja bien el dicho "los que no están con nosotros están contra nosotros", que según Puymège es "un principio de base de todos los fanatismos" (Ibid., 324). En efecto, la aplicación que de este principio hace el fanático convierte a todos en beligerantes, es una declaración implícita de guerra total.

60. Para evitar juicio de valor: hablar de celo exclusivo, no excesivo (Ibid., 319).

61. El fanático cree en "la inmediatez de un cambio total purificador", quizás puede fecharlo o afirma que ya ha llegado. La espera del apocalipsis produce "angustias escatológicas" (Ibid., 320). Este rasgo de inmediatez es característico del fanatismo misenarista.

promiso total llevado hasta el suicidio y el crimen⁶², son consustanciales al fanatismo. Añadiría certeza en detentar la verdad, el conocimiento del bien y del mal tenidos por absolutos, y una forma de pensamiento binario y uniformador, la aversión por todo lo que se opone a esta verdad o la pone por poco que sea en cuestión. Bajo todas sus formas el fanatismo persigue el mismo objetivo: perfección⁶³ y armonía en la tierra o en el más allá". Completa Puymège su idea sugiriendo que el fanatismo "es esencialmente una desviación celotípica en el seno de la fe aplicada a ciertos ideales que, aunque sean profanos, son sacralizados, arrastrando a una adhesión absoluta, exclusiva, apasionada, celosa y ciega por el objeto de culto, acompañada de repulsión por lo que le es extraño o contrario" (Ibid., 321).

Para A. Haynal el fanatismo es "una mentalidad"⁶⁴ hecha de intolerancia, de odio, de agresividad contra el que se presume enemigo y de justificaciones de esta agresividad por una idea que se convierte en más importante que ninguna otra, que todo el mundo, los amigos, la familia, toda persona que podamos amar; es en ese sentido que el fanático es un alie-

62. Ruptura del tabú, del suicidio y del homicidio, llama Puymège, con Haynal, a estos actos (1980, 322).

63. "Como la razón, la utopía es el corazón del problema del fanatismo", dice Puymège, y se convierte en "la justificación y el motor de la transgresión del tabú del homicidio". "Además, prosigue, la utopía, en tanto que sociedad perfecta... es una isla cerrada sobre ella misma" y "está en las antípodas del pluralismo" (1980, 329-330).

64. Para A. Haynal, "el fanatismo constituye una mentalidad o ideología, la mentalidad y la ideología del fanatismo. Después recoge el criterio de Le Goff de que las mentalidades y las ideologías se sitúan en el punto de conjunción de lo ideal y lo colectivo.

nado" (Ibid., 321). Los fanáticos rompen con la tradición, se salen del camino trillado "por una idea o un ideal que presentan como absoluto, valiendo la pena que se sacrifique por él y que sacrifique a él a los demás" (Ibid., 62). Se da también en el fanático, según Haynal, "un estrechamiento del campo mental y una disminución de intereses; desprecio e indiferencia por todo lo que no es objeto de su pasión; certeza inquebrantable en la justeza de sus ideas..." (Ibid., 62-63). Además, Haynal opina que el fanatismo, lejos de ser una pasión individual consitituye "una irrupción de la intolerancia, de la paranoia⁶⁵, de la agresividad, del narcisismo, de la autojustificación en la vida social⁶⁶ y civilizada" (Ibid., 325).

En las descripciones de Molnar, y, sobre todo, de Haynal y Puymège encontramos no pocas sugerencias total o parcialmente originales: la sacralización de los ideales profanos del fanático, su utópico anhelo de perfección (que se confunde con la búsqueda del absoluto) y sus implicaciones totalitarias (o antipluralistas), el carácter inmediato que

65. El psicopatólogo A. Haynal hace alusión en varias ocasiones al carácter patológico o semipatológico del fanatismo, al que llega a llamar "paranoia social" (Ibid., 117), "cercano a los delirios pasionales (como la erotomanía)", con personalidad semejante a la "patología narcisista", con "sistema paranoide-dicotómico" (Ibid., 61).

66. Haynal destaca en diversas ocasiones la proyección social de la conducta fanática. "La pasión es un asunto privado, afirma, pero en el fanático se convierte en un asunto social" (Ibid., 315); recuérdese (véase nota anterior) que llama al fanatismo "paranoia social" (Ibid., 114). Su coautor M. Molnar declara que el fanático "es un hombre que sufre, pero en un momento dado, sale de su estado de 'enfermo individual' y hace su aparición en la historia" (Ibid., 316) e insiste en la dimensión del fanático "convertido en 'sujeto histórico' y que adquiere, por ejemplo, el poder de destruir a miles o millones de seres humanos" (Ibid., 318).

se da a la transformación social esperada (que convierte su compromiso en total y apremiante), el rasgo dicotómico -o binario- del pensamiento fanático, la naturaleza "alienante" del fanatismo (en el sentido de apartar al sujeto de sus anteriores vinculaciones afectivas primarias), la ruptura del tabú del homicidio y del suicidio; en fin, el análisis de las vertientes social y psicopatológica del fanatismo.

d) Otros

En su interesante obra acerca de la psicología de los dictadores ("Dictators and Disciples. From Caesar to Stalin. A psychoanalytic interpretation of history", 1968), Gustav Bychowski señala que "el núcleo del fanatismo" de los dictadores está formado por ideas sobrevaloradas, el poder de las cuales "es tal que resisten eficazmente la presión de la lógica y la realidad"; esta poderosa carga emocional de las ideas del dictador permite que éste obtenga éxito en las masas, ya que "apela a emociones semejantes contenidos en ellas" (1968, 289). Destaca igualmente Bychowski que las ideas fanáticas de un dictador son dinámicas, "no quedan confinadas en su imaginación mórbida", sino que "tienden a la acción y a la realización" (Ibid., 290), así como su carácter insaciable (Ibid., 289)

Los rasgos citados, que Bychowski aplica a los dictadores en general, son los que consideramos de mayor relevancia en sus referencias al fanatismo. A lo largo de su estudio, habla del fanatismo de un Cromwell o un Robespierre al mencionar notas que hemos ido apuntando con anterioridad: pasión intensa (Ibid., 78), destructividad (Ibid., 62, 63, 78), rigorismo moral (Ibid., 44, 83), pensamiento dicotómico (Ibid., 100, 106), etc. Igualmente habla de la obediencia ciega de los fanáticos seguidores (Ibid., 65, 287).

Stanley Milgram, en su artículo "The social meaning of fanaticism" (1977), considera que "fanático es quien llega a los extremos en creencias, sentimientos y acciones" y quien "se ha comprometido incondicionalmente con una serie de creencias". Después de subrayar que el entusiasmo de la actitud fanática se desarrolla a costa de un "déficit intelectual", de una irracionalidad básica que devalúa todo lo que no es el propio valor, realiza una original aportación al analizar cuán opuestos son el modo en que el fanático se percibe a sí mismo y a los demás de la forma en que le perciben los demás⁶⁷ derivando de este hecho la enorme dificultad que atraviesa el fanático al intentar comunicarse con otros (Ibid., 58, 59).

Milgram ha realizado también un estudio experimental de notable calidad sobre la ciega sumisión a la autoridad que caracteriza a los seguidores fanáticos⁶⁸. En su obra "Obedience to authority" (1973), Milgram analiza principalmente la obediencia extrema (es decir, fanática), en la cual un hombre se siente responsable frente a la autoridad que le dirige, pero no siente responsabilidad alguna respecto⁶⁹ del

67. Nota Milgram que mientras la gente considera la conducta del fanático como no razonable, exagerada y perjudicial, éste cree, en cambio, que está actuando por motivos nobles y que el problema reside en la mayoría (1977, 59).

68. Milgram confiesa sin ambages en el prólogo que es la obediencia observada en la época nazi el desencadenante de su obra (1973, 10). A un idéntico tipo de obediencia se refiere G.W. Allport cuando habla de la "obediencia compulsiva", de la "neurosis de conformidad extrema" personificada por un Rudolf Hoess (1954, 316, 317). Lo mismo podríamos decir de los "antisemitas fanáticos" (o "extremos" que analiza Friedländer (1971, 30 ss.).

69. Los subrayados son del autor.

contenido de las acciones que le son prescritas por la autoridad. No es que desaparezca la moralidad, sino que recibe un acento totalmente diferente..." (1973, 137). El fanático está pues alienado en cuanto a su responsabilidad y sentido moral, que no residen en él, sino en la autoridad.

Un concepto simplificador de fanatismo demasiado próximo al uso vulgar se encuentra en un apreciable número de investigaciones sobre el prejuicio, en las que se denomina "fanático" a los sujetos que se sitúan en el nivel más alto de prejuicio. Tal es el caso, por ejemplo, de Rokeach (1970, 33 ss.) y (1974, 36 ss.), Friedländer (1971, 30 ss.) y Segall (1976, 128, 150) y Dicks (1950, 301 ss.).

Una orientación distinta de las vistas hasta ahora nos la ofrece Philipp Lersch, que interpreta el significado vulgar de fanatismo como equivalente a "las tendencias normativas especialmente intensas" y dotadas de "gran persistencia" como ocurriría con los fanáticos de la verdad, del deber o de la justicia (1962, 183). El fanático sería, según esto, un "hombre moral" que concibe su vida no como "dada" sino como misión "encomendada", conforme a las exigencias del imperativo categórico kantiano, de acuerdo con la descripción de Jaspers⁷⁰ que recoge también Lersch (Ibid., 168, 169).

70. Consideramos de interés transcribir el fragmento que reproduce Lersch (1962, 169), sacado de la obra de Jaspers "Psychologie der Weltanschauungen" (1922): "El hombre moral es ascético porque desconfía de todas las tendencias que son meramente individuales, es decir, arbitrarias y casuales. Aspira a los axiomas fundamentales y a los imperativos éticos claros y con validez general rechazando el goce, la alegría y el contento... Es severo, metódico, consecuente, disciplinado... Sofoca lo que personalmente es, para convertirse en un ejemplar de la personalidad humana en su generalidad".

En los psicólogos rusos encontramos un concepto de fanatismo semejante al que nos ofrecieron filósofos racionalistas del siglo XIX para los que toda religión propendía al fanatismo. Como ejemplo citamos a Predvechni, autor de "Sotsialnaia Psijologuia" (Psicología Social, 1975), que -después de señalar que "los prejuicios religiosos... son los más evidentes y tienen la mayor significación social" y que hay que ser "en extremo cuidadosos" al combatirlos (1975, 309)- considera fanáticos a las personas incultas en que predomina la fe religiosa sobre la razón (1975, 310)⁷¹. No es preciso comentar que en este último caso se confunde el fanatismo con el que lo critica ya que en éste se observa un dogmatismo y una intolerancia sintomáticas.

C) Investigación psiquiátrica

a) "Psicópatas fanáticos"

Ya anteriormente a la época actual, se encuentran un considerable número de autores (Burton, Turretin, Voltaire, Balmes, Stirner, etc.) que atribuyen al fanatismo un carácter patológico. Aunque estas opiniones pecan de simplistas, hay que tener en cuenta que también en nuestro tiempo existen diversas aproximaciones al fenómeno del fanatismo desde una perspectiva psiquiátrica.

71. Este es el párrafo de Predvechni a que nos referimos: "Todavía existen en algunos rincones perdidos fanáticos en los que no habla la voz de la razón, ahogada por la fe. Y no es porque su fe sea muy acentuada, sino porque tienen un raciocinio débil y no evolucionado" (El subrayado es del autor).

En este sentido, es valiosa la aportación de Kurt Schneider, que en su obra "Die psychopathischen personlichkeiten" (1923), distinguió a los "psicópatas fanáticos" como una categoría tipológica. (Entiéndase la palabra "psicópata" en el amplio sentido que Schneider le confiere⁷²).

La primera característica que Schneider aprecia en el fanático es la sobrevaloración afectiva de una idea. Para esclarecer el concepto de complejo o idea sobrevalorada menciona a varios autores, el primero de los cuales (Birnbäum) afirma que dicha idea o complejo "en virtud de su exagerada acentuación afectiva ha adquirido una posición dominante, una preponderancia tiránica en la vida psíquica" (Ibid., 137).

Sin embargo, esta característica no es diferencial, puesto que, como nota Schneider, también se hallan en los tipos depresivos o en los que él llama "inseguros de sí mismos", en los cuales tiene un signo negativo⁷³. Contrariamente, en el fanático no sólo las sobrevaloraciones tienen un signo positivo, sino que tienden a plasmarse en actividad concreta, "conducen a la lucha externa", dice Schneider, "o por lo menos... al programa, a la demostración" (Ibid., 138). Aunque dentro de su concepto Schneider admite que tienen cabida los individuos pacíficos, añade que los típicos fanáticos, los que se ajustan al uso normal del adjetivo, son de naturaleza luchadora (Ibid., 138).

72. Schneider llamó "psicópatas" a "aquellas personas que sufren por su anormalidad o hacer sufrir, a causa de ella, a la sociedad" (1923, 32).

73. Notamos que también en la neurosis obsesiva la idea fija es sentida por el individuo como desagradable y embarazosa. Por el contrario, el fanático vive de su idea fija como algo grande y de lo que está orgulloso.

b) Fanatismo y paranoidismo

Resulta sumamente útil, de cara al esclarecimiento del concepto de fanatismo, la perspectiva de D.W. Swanson, Ph.J. Bohnert y J.A. Smith en su obra "El mundo paranoide" (1974, 18, 366), según la cual el fanático padecería un síndrome paranoide.

Swanson y otros señalan que tanto la entidad denominada "fanatismo" como otras prácticamente asimilables ("exaltación religiosa", "manía divina") constituyeron en parte la base sobre la que las investigaciones de los siglos XVIII y XIX dieron lugar al concepto moderno de síndrome paranoide, incluyéndose los rasgos de religiosidad (creer que se ha recibido una revelación de la verdad última, que se ha sido elegido por Dios para una elevada misión, etc.) dentro del componente denominado "grandiosidad" (1974, 18, 366, 367).

Junto a esta supervaloración de las cualidades propias, prosigue Swanson, se dan en el fanático, en cuanto sujeto paranoide, otras características como la proyectividad, creencia en un mundo hostil, suspicacia, ideas de persecución y autorreferencia (1974, 367, 5 ss.). Nota Swanson que todas estas características (excepto la autorreferencia) poseen un signo negativo, es decir, opuesto a la grandiosidad (1974, 14)⁷⁴. Otra observación significativa es que probablemente el comportamiento paranoide significa un modo de adaptación surgido como medio para hacer frente al mundo y evitar la retirada autística por lo que puede ser influyente en la vida social e incluso puede afectar al curso de la historia

74. Vale la pena remarcar que el ya mencionado pensamiento "dicotómico" o "binario", característico del paranoide, tiene una correspondencia o conexión con el modo positivo en que el sujeto afectado por el síndrome juzga lo propio (grandiosidad) y la forma negativa en que juzga el entorno y la gente en general.

(1974, 2, 3)⁷⁵. Esta última observación evoca en nosotros la típica tendencia del fanático a la realización de sus ideas.

La postura de Swanson podría interpretarse erróneamente en el sentido de creer que afirma que el fanatismo es un estado patológico, cosa que no dice. En efecto, Swanson aclara en repetidas ocasiones (1974, 1, 21, etc.) que la conducta paranoide abarca una amplia gama de fenómenos, distribuidos a lo largo de un "continuum", que va desde cierto paranoidismo de carácter leve que se observa en personas normales hasta los estados psicóticos (como la esquizofrenia paranoide o la paranoia). Lo dicho no impide que algunos fanáticos adquirieran una enfermedad mental⁷⁶ o incluso puedan ser más propensos a adquirirlas.

Sin embargo, en algunos tratados de psiquiatría (M. Anty, 1967; Ey, Bernard y Brisset. 1975) vemos que se inscribe la conducta paranoide de los "fanáticos de la política, de la religión o de la reforma social" dentro de la psicosis paranoica⁷⁷, bajo la forma de "idealistas apasionados (Dide

75. Swanson describe ampliamente la conducta de individuos fanáticos que integraron, a veces con éxito, importantes reformas en la vida política, religiosa y social (1974, 329 ss.).
76. Swanson cita a este respecto como caso extremo el del movimiento del Padre Divino, acaudillado por un líder religioso fanático. De hecho, dieciocho de sus seguidores hubieron de ingresar en el Hospital Psiquiátrico de Bellevue debido a las ideas y conductas inspiradas por este movimiento (1974, 375). También Cantril (1941, 216).
77. Como notan Anty (1967, 104) y Ey, Bernard y Brisset (1975, 444), la psicosis paranoica asienta su base en una constitución o predisposición caracterial paranoica, cuyos rasgos son: "orgullo e hipertrofia del yo", desconfianza, susceptibilidad, agresividad, falsedad de juicio y rigidez mental.

y Guiraud) que luchan con encarnizamiento por una ideología" (1967, 107). Es preciso, pues, insistir en la idea que acabamos de apuntar y aplicarla aquí: que, si bien es cierto que la conducta paranoide del fanático religioso o político, en casos extremos puede culminar en una psicosis paranoica, esto no autoriza en absoluto a considerar que siempre ocurra así. Contrariamente, disponemos de motivos fundados para pensar que muchos "idealistas apasionados" no eran simples paranoicos.

Ey, Barnard y Brisset describen así a los "idealistas apasionados": "Aunque sueñen con nuevos sistemas políticos, de paz universal o de filantropía, están animados de una feroz y agresiva voluntad de lucha y de combate. Los panfletos, los atentados individuales contra hombres políticos o contra las instituciones sociales, las campañas de prensa, etc., son las armas habituales que ellos ponen al servicio de su inagotable deseo de reforma y de justicia... Gobernados por un superyó inflexible, son íntegros y sin compromisos" (1975, 445, 446).

Tanto M. Anty como Ey, Bernard y Brisset, consideran que los "idealistas apasionados" constituyen un caso concreto⁷⁸ del llamado "delirio de reivindicación", que es, a su vez, una forma de psicosis pasional. Como señala Anty (1967, 106), la psicosis pasional o delirio de idea prevalente" (Dupré) se caracteriza por el "predominio exclusivo de una idea fija que se impone a la mente de forma obsesiva, orienta la actividad total en un sentido manifiestamente patológico, y la exalta en razón misma de los obstáculos encontrados" (Serieux y Capgras, 1909).

78. Aunque el delirio de reivindicación incluye otras formas concretas (querulantes procesales, inventores delirantes y delirantes hipocondríacos) nos hemos abstenido de considerarlas fanáticas no sólo porque los tratados de psiquiatría consultados no lo hacen, sino también porque estas formas de reivindicación tienen un marcado carácter individualista, que contrasta con el carácter social que el idealista apasionado, y el fanático en general, pretende dar a su causa.

El concepto de idea prevalente es sugestivo porque coincide básicamente con el de fanático, tal como lo hemos ido descubriendo a través de estas páginas y, además, con el mismo contenido aproximado que acabamos de ver en Schneider (es decir, como actitud y como conducta, al igual que como idea sobrevalorada y como actividad consecuente). También ofrece interés el detalle de que el fanático no se amilana con los obstáculos, sino que más bien se crece.

Las psicosis o delirios pasionales fueron brillantemente descritos por G. de Clérambault (1942), y "están caracterizados, como resumen Ey, Bernard y Brisset: 1º por la exaltación (exuberancia, hipertimia, hiperestesia); 2º por la idea prevalente, que subordina todos los fenómenos psíquicos y todas las conductas a un postulado fundamental⁷⁹, el de una convicción incommovible; 3º por su desarrollo en sector⁸⁰, en el sentido de que el delirio constituye un sistema parcial que penetra como una cuña en la realidad" (1975, 445).

Estas características, principalmente las dos primeras, las hemos ido analizando anteriormente como contenidas en diversas definiciones de fanatismo. Comentamos la última por ser relativamente nueva. El desarrollo "en sector" además de la circunstancia dicha (posibilidad de una conducta normal, o no fanática, en las áreas de la realidad "no contaminadas" por la influencia del postulado fundamental), que el sujeto va deduciendo las ideas que componen la trama de su delirio del postulado fundamental o axial (Anty, 1967, 106).

79. Este postulado único o idea exclusiva fue denominado antiguamente "monomanía" (Et et al. 1975, 444).

80. Los subrayados son del autor.

Para valorar debidamente la incidencia social -que constituye una nota relevante en el concepto de fanatismo que hemos ido examinando- del delirio de reivindicación, en el cual se enmarcan los idealistas apasionados fanáticos, es útil atender a la evolución de dicho delirio. En efecto, es propio del sujeto afectado el intentar persuadir a las personas que le rodean de la legitimidad o de la grandeza de la causa que defiende, teniendo a su favor el hecho de que este tipo de delirio es relativamente coherente y se presenta al observador como relativamente plausible (Anty, 1967, 107; Ey et al., 1975, 444). "De ahí, concluyen Ey et al., su poder de convicción o de contaminación (delirio de dos o delirio colectivo)⁸¹, en el que el delirante inductor hace participar activamente en su delirio, a título de delirante inducido, a otros, con frecuencia a familiares" (1975, 444, 445).

Dada la íntima conexión que hemos advertido entre el concepto general de fanatismo y el tipo concreto de idealista apasionado, creemos conveniente, con vistas a profundizar en el mencionado concepto, consultar brevemente la definición de idealista apasionado que propone Moor (en su "Glosario de términos psiquiátricos", 1969) así como la descripción de este tipo que nos ofrece su propio conceptualizador, M. Dide, en su obra "Les idéalistes passionnés" (1913).

81. Los subrayados son del autor.

Sobre este curioso tipo de delirio -que es conocido por sus conceptualizadores como folie communiquée, por Baillarger (1860) y como folie à deux, por Lasegue y Falret (1877)- puede consultarse la obra citada de Swanson et al. (1974, 310 ss.).

Citamos la referencia de Moor. "Idealistas apasionados: nombre dado por Dide a los sujetos que polarizan la exaltación pasional en temas religiosos o políticos y se forjan un ideal al que están dispuestos a sacrificarlo todo sin tener en cuenta la realidad" (1969). Esta definición recoge acertadamente tanto la vertiente actitudinal del fanatismo como la vertiente conductual destructiva, haciendo hincapié en el carácter irracional (es decir, sin base en la realidad) de dicha destructividad.

Es notable la coincidencia entre la descripción de Dide y muchos de los rasgos que hemos distinguido en el carácter paranoico y en la perspectiva paranoide (grandiosidad, concretable en orgullo e hipertrofia del yo, autorreferencia, agresividad, desconfianza, etc.). Para Dide la nota fundamental del idealista apasionado es lo que llama "hipertrofia de la personalidad", "hipertrofia del yo" o "hipertrofia del sentimiento de superioridad" (1913, 96, 112, 126). En el fanático, según Dide, el culto al ideal se confunde con el culto a sí mismo y la grandiosidad, ya que el sujeto exhibe una "confianza absoluta en sí mismo" y "autoadoración" (Ibid., 101 ss.), considerándose de la "élite" de los elegidos (Ibid., 43). Por otra parte, esta autoexaltación desemboca no pocas veces en crasa violencia: "llegan progresivamente e inconscientemente a razonar como si fueran ellos el centro del mundo, ¡Perezca la humanidad antes que su prodigiosa personalidad!... Para que la justicia brille en la más noble de las causas, la que ellos defienden..., están dispuestos a echar por tierra todos los principios" (Ibid., 101). En esta vigorosa descripción de Dide se pone en evidencia el narcisismo (también detectado por Fromm, Bolterauer o Haynal) que oculta el fanático detrás de un ideal aparentemente desinteresado.

El rasgo paranoide del fanático -que hemos visto analizado tanto en Swanson et al. como en dos tratados de psi-

quiatria (donde se concentra la atención en el caso extremo del fanático paranoico)- ha sido también detectado por no pocos investigadores⁸², lo cual, como vimos, no ha implicado que consideraran necesariamente la conducta fanática como patológica, y mucho menos como psicótica. Si bien es cierto que el inmovilismo psíquico e intransigencia del sujeto fanático evocan la imagen del enfermo delirante, también es preciso reconocer que la proyección social que da el fanático a su acción no suele encontrarse en los enfermos mentales⁸³.

Bolterauer (1975, 293) y Rudin (1965, 197 ss.) coinciden en considerar como probable la correlación entre fanatismo y forma esquizoide. Dicha forma corresponde al tipo submorboso, intermedio entre el individuo normal esquizotímico

82. Véase autores mencionados anteriormente: Rudin, 1965, 210 ss.; Bolterauer, 1975, 299 ss.; Haynal, 1980, 61-64, 117; Bychowski, 1968, 289, 47, 77; Fromm, 1971, 33 ss. O bien, consúltense Cohn, 1957; Laswell, 1930; Allport, 1954; Friedländer, 1971. Consideramos de especial interés la obra de G. Myers: "History of Bigotry in the United States" (Historia del fanatismo en EE.UU.) (1960), que, en un estudio histórico sobre la intolerancia fanática en EE.UU., ofrece documentación sobre una forma de pensamiento paranoide utilizada por organizaciones políticas en conflicto con entidades religiosas al mismo tiempo que por organizaciones religiosas divergentes.

83. A este propósito resulta elocuente la opinión del psiquiatra Hacker, que considera al delirante como el más fanático entre los fanáticos: "Nadie cree de un modo más fanático y sincero en la propia razón y en la justeza de los propios actos que el perturbado mental; precisamente en lo inmovible de su fe reside lo patológico del delirio" (1971, 82). Sin embargo, el mismo Hacker reconoce el ensimismamiento del enfermo, el cual, con sus alucinaciones o delirios, "reafirma su propia excepcionalidad" (1971, 82) y, en definitiva, la no validez de su experiencia para otros.

y el esquizofrénico, según la tipología de Kretschmer. Los tipos intermedios estarían distribuidos a lo largo de un "continuum" que separa ambos extremos (es decir, normalidad y psicosis).

c) Fanatismo y esquizoidismo

E. Kretschmer, aunque no se plantea directamente el problema del fanatismo, en su obra "Körperbau und Character" (1921) menciona cuatro tipos -que veremos enseguida- a los que califica de fanáticos (1921, 205, 206, 247 ss., 379 ss.). Ahora bien, en los cuatro casos hallamos un mismo temperamento: esquizotímico (o esquizoide, en la forma submorsa). Interesa destacar que Kretschmer considera que en estos tipos se hallan notablemente acentuados los rasgos esquizotímicos, que se prolongan y unen, constituyendo un "continuum", con la forma esquizoide.

Kretschmer describe al individuo esquizoide como hermético "autista" -aclara Kretschmer que aplica este término en el sentido otorgado por Bleuler (1921, 195)- propenso a las "ideas delirantes fantásticas" (Ibid., 195), oscilante⁸⁴ entre la hiperestesia y la anestesia (Ibid., 198 ss., 207 ss.), inadaptado socialmente (Ibid., 202), con una "rigidez afectiva" que hace incongruente sus sentimientos con sus reacciones motoras (Ibid., 215 ss.). Es interesante tener en cuenta que algunos autores, como Mühlmann y Wyrsh⁸⁵, han visto conexión entre fanatismo y la forma patológica (esquizofrenia).

84. Esta mezcla (o alteración), que oscila entre la pasión y el cálculo frío, es característica de cualquier tipo de fanatismo.

85. Mühlmann explica que algunos líderes y profetas milenaristas manifiestan síntomas notablemente similares a los de los esquizofrénicos, concretando que la experiencia escatológica y en general la imaginación apocalíptica de los profetas ofrece una curiosa semejanza con la experiencia esquizofrénica del fin del mundo (1961, 187). Wyrsh señala que en política hay líderes cercanos a la esquizofrenia (1962, 141) y, por otra parte, explica con detalle el caso de un fanático profeta esquizofrénico, Unternahrer, que fue fundador de una extravagante secta religiosa (Ibid., 149 ss.).

Asimismo, Kretschmer incluye diversos tipos fanáticos entre algunas modalidades específicas del esquizotímico y del esquizoide: "iluminados y convertidos" (Ibid., 205), "santurrones" (Ibid., 206), "idealistas abstraídos" (Ibid., 247 ss.) y "caudillos y héroes" fanáticos (Ibid., 379 ss.). Puesto que las formas temperamentales distinguidas por Kretschmer están en relación con los tipos constitucionales que el mismo autor establece, nos referiremos a ambos cuando más adelante analicemos la relación entre constitución y fanatismo.

D) Campo sociocultural

Habiendo advertido que uno de los distintivos que se ha atribuido al fanatismo es su carácter social, tanto en cuanto a su origen como a su propagación, no debe extrañar que encontremos aportaciones al concepto de fanatismo provenientes de científicos sociales cuya orientación no es de tipo sociológico, sino más bien sociológico o antropológico. Observaremos que han topado generalmente con el problema del fanatismo sociólogos y antropólogos interesados por el estudio de los movimientos sociales "extremistas", es decir, aquellos que propugnan un cambio total, y, en este sentido, pueden llamarse "revolucionarios"⁸⁶.

Así Hoffer nos habla de una fase extremista, que él llama "fase activa" o "revivalista", "dominada por el verdadero creyente" (1951, 9-10); esta fase tendría lugar en los inicios de todo movimiento social. Por otra parte, encontramos autores que se han ocupado del estudio de movimientos extre-

86. Entendemos aquí el término "revolución" en su sentido amplio, considerándolo equivalente a cambio total, vuelco en la situación, surgimiento de un "mundo invertido" (con respecto al actual).

mistas de tipo religioso -que son, en general, milenaristas- y aquí incluiríamos aportaciones como las de Cohn, Talmón, Mühlmann, Montenegro y M. Mead. Finalmente, consideraremos a una serie de investigadores que han analizado movimientos extremistas de carácter secular, político (Bittner, Marmor, Forster, Melotti).

Como veremos más adelante, existe una estrecha relación entre ambos tipos de movimientos extremistas hasta el punto de estar ampliamente difundida la opinión de que los movimientos revolucionarios modernos son resultado, o versión secularizada, de antiguos movimientos milenaristas. Esta sugerencia es de trascendental interés de cara a comprender la notable semejanza entre las características de una y otra clase de movimientos.

a) Fanatismo y movimientos sociales: el seguidor incondicional

Eric Hoffer, en su obra "The True Believer" (1951)⁸⁷, realiza un vigoroso retrato del "hombre de una fe fanática que está dispuesto a sacrificar su vida por la causa sagrada" (1951, 10). Esta fe fanática hasta la autoinmolación constituye, para Hoffer, el principal distintivo del miembro de un movimiento social en su fase inicial, es decir, en su etapa activa, exaltada (Ibid., 10).

87. Para hacerse cargo de la temática del libro y, más todavía, del aspecto de la obra que se cree va a interesar más al lector potencial, creemos interesante mencionar el título de la traducción alemana ("Der Fanatiker", 1965) y de la edición francesa ("Une foi aveugle", 1966).

La fe es para el fanático el único camino para descubrir la verdad de las cosas, prosigue Hoffer, el acto de creer proporciona un conocimiento más auténtico y profundo que cualquier otra fuente de saber, más real que la misma realidad⁸⁸. La fe ciega es la única alternativa aceptable para el fanático: "cualquier otra opción no es más que herejía y traición" (Ibid., 95). Por todo ello, "el devoto se siente siempre obligado a buscar la verdad absoluta con su corazón, no con la mente" (Ibid., 97).

Ahora bien, "la verdad absoluta, prosigue Hoffer, está personificada (para el creyente fanático) es su doctrina, y no existe verdad ni certeza fuera de ella" (Ibid., 95). Dicha verdad absoluta desafía al tiempo: "El fanático está convencido de que la causa a que se adhiere es una monolítica y eterna roca que perdura a través de los siglos" (Ibid., 102). La fuerza con la que abraza la causa es la clave de su actitud: "Su adhesión apasionada es la esencia de su ciega devoción y religiosidad; ve en ella la fuente de toda virtud y fuerza" (Ibid., 101).

Pero el fanático seguidor descrito por Hoffer es algo más que un creyente fervoroso: se trata de un hombre de acción, que lucha sin descanso. Tiene una "dedicación exclusiva", es un "defensor de la causa sagrada a la que se aferra" (Ibid., 102), "está siempre en marcha, y, convirtiendo

88. "La verdad de su doctrina -dice Hoffer refiriéndose al creyente fanático- no se alcanza por la experiencia o la observación, sino por la fe; dejarse llevar por la evidencia de los sentidos y de la razón es herejía y traición... La certeza de su infalible doctrina vuelve al creyente insensible a las incertidumbres, certezas y realidades desagradables del mundo que le rodea" (1951, 95, 96).

a la vez que polemizando, va modelando el mundo a su propia imagen" de tal forma que nos obliga a tomar partido: "o nos alineamos con él o contra él" (Ibid., 11). En esta descripción se hace ostensible la capacidad del fanático para desestabilizar las situaciones y convertirse en agente de cambio social.

Finalmente, el fanático de Hoffer lleva su acción hasta las últimas consecuencias, sin detenerse ante el autosacrificio o el asesinato. La renuncia a sí mismo la lleva a cabo "despojándose de aquello que le distingue y de su autonomía, convirtiéndose en una partícula anónima sin voluntad y sin juicio propio" (Ibid., 100). "Está dispuesto a sacrificar su vida por la causa sagrada" (Ibid., 10) lo mismo que "al odio y la crueldad, a recurrir a la tortura y al asesinato en su lucha contra los que se oponen a la causa sagrada" (Ibid., 118, 119).

b) Movimientos extremistas

Ergon Bittner opina que el fanatismo está frecuentemente unido a los ideales radicales⁸⁹. En su trabajo "Radi-

89. Para no perder de vista el significado de "radicalismo" es útil consultar el artículo que dedica a este término Bittner en la "Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales" (dirigida por D.L. Sills, Aguilar, Madrid, 1977, IX, 72-77). Según Bittner, el término "implica una concentración del foco del interés sobre un principio particular a expensas de la preocupación, sancionada tradicionalmente, por las complejidades del contexto". "El elemento abstraído, prosigue Bittner, de esta forma se convierte en el núcleo central en el que se basan la inferencia y la acción. El radicalismo tiende a ser integrador... tiende a asimilar todos los aspectos de la vida al principio inicial". El radicalismo, concluye Bittner, en su sentido positivo, implica "una versión completamente nueva de la vida y de la actividad humana" pero en su lado negativo es una amenaza, tiende a la "demolición del orden existente".

calism and the organization of radical movements" (1963), analiza las características de los movimientos radicales más extremos, que considera fanáticos, es decir, sometidos a "una forma de obediencia permanente e incuestionable"⁹⁰. Bittner insiste en el carácter irracional de esta sumisión total de las propias capacidades al ideal: el radical puro carece de esa sabiduría práctica que es propia de las personas "razonables", se desentiende o rechaza positivamente la visión del mundo de la gente corriente, de la que vive bajo los dictados del sentido común. La perspectiva reduccionista del radical le hace concentrar su atención en su ideal y, en tanto que radical, despreocuparse del interés realista por la pasajera complejidad de la vida cotidiana (1963, 929 ss.).

Hemos visto en Bittner una pintura de la irracionalidad fanática similar a la que realizó Hoffer. Otro tanto sucede en la descripción de los efectos destructivos de la conducta fanática. Cualquier tipo de movimiento radical⁹¹ fanático exige a sus miembros, según Bittner, que "todos los lazos extragrupalos anteriores deben ser suprimidos",

90. Esta definición que da Bittner de fanatismo la hemos tomado de la descripción del radicalismo que realiza en el artículo citado en la nota anterior. Allí precisa también que "la vinculación fanática a determinadas causas radicales va acompañada de problemas emocionales hondamente arraigados". Es de interés la alusión a la emocionalidad subyacente en fanatismo.

91. Aunque Bittner señala que se refiere en su trabajo a cualquier tipo de radicalismo -es decir, político, religioso, económico, filosófico, etc. (1963, 929)-, su centro de atención está en el de tipo político, con referencia expresa al "totalitarismo, autoritarismo, extremismo y similares" (Ibid., 936).

de forma que ningún vínculo humano o interés personal pueda representar una oposición legítima a cualquier exigencia del movimiento (Ibid., 938). Es necesario estar dispuesto a toda clase de sufrimientos y al martirio, lo mismo que a recurrir a acciones brutales contra los que se opongan, si fuera necesario (Ibid., 938).

A. Forster, en su estudio "Violence of the fanatical left and right" (1966), se refiere al fanatismo político que es propio de "aquellos extremismos políticos de derecha y de izquierda que han sustituido la razón por la pasión y la fe mística"⁹². La irracionalidad fanática se muestra también en la irresponsabilidad⁹³ del fanático y en sus reacciones desproporcionadas⁹⁴, a cualquier ofensa (1966, 142). Añade Forster a las características mencionadas, otras dos que también han imputado otros al fanático: que éste tiende a fraguar su pensamiento en una acción tan extremista como aquél y que con sus fines tratan de justificar la legitimidad de sus medios violentos (Ibid., 142).

También J. Marmor, en un artículo que lleva por título "Psychodynamics of political extremism" (1968), analiza el fanatismo de los extremos políticos⁹⁵, es decir, de los

92. "La violencia es un refugio de la sinrazón", afirma Forster (1966, 142).

93. Esta irresponsabilidad hace que el fanático se encoja de hombros ante cualquier censura de los daños que ha causado (Ibid., 142).

94. Forster cita a este propósito las palabras de un líder del Ku Klux Klan: "No somos violentos, pero si alguien nos pisa los dedos de los pies, le haremos saltar la cabeza de encima de los hombros", (Ibid.)

95. A los trabajos citados sobre el tema habría que añadir el de Kent y Nicholls: "The psychodynamics of terrorism", 1977.

activistas revolucionarios de derecha⁹⁶ (neo-nazis, derecha radical) e izquierda (comunista) que, a través de publicaciones y mítines, "manifiestan un odio virulento a las instituciones existentes y un recurso a la violencia como medio" (1968, 562). Además de atribuir al fanático fe ciega en su doctrina y recurso a la acción inmediata de tipo violento, Marmor pinta a éste con rasgos típicamente paranoides: grandiosidad⁹⁷, egocentrismo y caracterización extremadamente negativa del enemigo (Ibid., 562, 563).

Existe un cierto tipo de movimientos colectivos especialmente ligados a la aparición y desarrollo del fanatismo: nos referimos a los movimientos milenaristas. Norman Cohn, en su interesante incursión a través de los movimientos milenaristas medievales (1957)⁹⁸, sostiene que tales movimientos son de tipo fanático.

-
96. Sobre activista de derecha destacamos también las obras de: Epstein y Forster ("The Radical Right", 1966); Beckman ("The church on the right wing", 1967); los dos estudios de Schmuck y Chesler sobre el superpatriotismo (1963) y el de Dicks (1950), que entrevistó a prisioneros nazis fanáticos.
97. Dice Marmor que los fanáticos creen que todo el mundo está equivocado menos ellos y poseen "la absoluta convicción de que a ellos les corresponde la responsabilidad de salvar el mundo" (Ibid., 563).
98. Es además significativo que la primera edición inglesa de dicha obra, "The Pursuit of the Millennium" (1957), fuera publicada en francés con el sugestivo título "Les fanatiques de l'Apocalypse". Aunque nuestras citas podrían hacer referencia, preferentemente, a la tercera edición inglesa de "The Pursuit of the Millennium" (1970) (obra revisada y ampliada) por ser la traducida al castellano por Alianza ed. (1981), conservaremos la fecha original (1957).

c) Milenarismo

Los movimientos milenaristas, según Cohn, aguardan una salvación colectiva, inminente, total, milagrosa y terrenal (1957, 14 ss.). El fanatismo de tales movimientos se evidencia sobre todo en su base irracional y en sus desastrosas consecuencias. En efecto, la irracionalidad diferencia, como nota Cohn, estos movimientos de los que buscan mejoras y poseen unas metas verosímiles: sus fines y sus premisas carecen de límite, su lucha social se considera "un episodio de importancia única e incomparable, "como un cataclismo del cual iba a salir el mundo totalmente redimido y transformado" (Ibid., 282). Las "fantasías milenaristas" son vividas por las multitudes con notable exaltación de forma que el ideal del movimiento "les ofreció un escape emocional tan intenso que sólo podían vivir gracias a él, estando totalmente dispuestos a matar y morir por él" (Ibid., 87).

Y. Talmon nota que no siempre el fanatismo milenarista desembocaba en excesos emocionales y violencia, puesto que a veces la destructividad era enfocada hacia uno mismo y se traducían en una excesiva disciplina, en una observancia rígida de las normas y en un ascetismo extremado, como ocurre, por ejemplo, en el movimiento de musulmanes negros (1952, 125 ss.).

Con mayor razón aún llama Mühlmann fanáticas a aquellas personas que, seducidas por la esperanza del inminente milenio feliz, llegan a destruir sus bienes e incluso se entregan al suicidio masivo, realizando estos extremos con la mayor inocencia: "ellos no tienen en cuenta las consecuencias de sus actos porque todo reside en Dios" (1961, 251, 252). Encontramos aquí la característica irresponsabilidad fanática.

A. F. Montenegro, en su investigación "Fanáticos e can-

gaceiros" (1973), recorre la historia del fanatismo religioso en Ceará (Brasil), a través del pasado siglo, y traza la imagen del fanático seguidor de alguno de los movimientos milenaristas característicos de la época: "El fanático es el místico en acción ...Es el ciego ejecutor de los dictados de su rudimentaria conciencia. Es el que marcha directamente... sin temer las consecuencias, porque se cree impelido por una fuerza extraña, sobrenatural, que le ha elegido para la realización de un acto heroico... La obediencia a la disciplina, el espíritu de sacrificio, el desapego a la vida y a la fortuna, todo se explica por la certeza del fanático de actuar de acuerdo con la voluntad divina, obediencia que le valdrá la recompensa final" (1973, 27).

La descripción de Montenegro se refiere a la vertiente positiva o entusiasta del fanatismo, guardando notable semejanza con la intrepidez insensata del entusiasmo que había descrito Taylor (vid. supra: 1.1.3.C). En la feliz expresión "místico en acción" condensa Montenegro las dos facetas, íntimamente fundidas, del fanatismo milenarista: su actitud contemplativa (el fanático como hombre de fe, que se siente poseído por el espíritu divino, que le obedece sin vacilación) y su conducta decidida y consecuente (es un "ciego ejecutor", marcha sin mirar hacia atrás).

Encontramos también, en el fragmento de Montenegro que hemos aducido, dos rasgos que hemos venido notando en algunas otras definiciones de fanatismo: la legitimación de la conducta (argumentando que es la fuerza de Dios, y no la propia voluntad, la que actúa en ellos⁹⁹, la que convierte

99. Este argumento está teñido de grandiosidad, puesto que el fanático cree que Dios "le ha elegido para la realización de un acto heroico" (1973, 27), de forma que su comportamiento ya es humanamente irresponsable (por lo cual no teme las consecuencias que puedan derivarse de su actuación).

su acción en inequívocamente buena) y la destructividad (que, de forma explícita, en este caso, va dirigida contra uno mismo en forma de "desapego a la vida y a la fortuna", pero que representa un peligro social potencialmente¹⁰⁰).

d) Aportación antropológica

Es preciso citar un testimonio que resulta valioso por estar realizado desde una perspectiva distinta de las anteriores: nos referimos al de la antropóloga Margaret Mead, que estudia el fanatismo, generalmente milenarista, en las sociedades tradicionales que sufren el cambio social. Igualmente, recogemos una breve referencia de Melotti, que alude a las situaciones revolucionarias como generadores de fanatismo.

En un breve y reciente artículo ("Fanaticism: The Pan-human Disorder", 1977) M. Mead señala que el término fanatismo habría que reservarlo "para los intentos de un líder, o de sus seguidores, por combatir la descreencia con vistas a una realización constantemente diferida y cada vez más inverosímil" (1977, 36). M. Mead destaca varias características del fanatismo: "una mente cerrada, una negativa a considerar los contraargumentos, una voluntad de destruir todo aquello que amenaza la creencia fanáticamente sostenida... y un incremento de la fuerza cuando la creencia llega a hacerse más insostenible" (1977, 37). Pone la autora como ejemplo de conducta fanática la de una sociedad que antes que adaptar al hombre las normas según las cuales se orga-

100. Como ejemplo de la destructividad social a que tiende el milenarismo podemos citar la guerra santa desencadenada por el líder religioso brasileño Antonio Conselheiro (1973, 139 ss.).

niza prefiere que sea el hombre, aunque tenga que sacrificar altos costos sociales, quien se adapte a una organización social inamovible (Ibid., 37).

El perfil de fanatismo dibujado por M. Mead resulta llamativamente aproximado al concepto de dogmatismo o "mente cerrada" en Rokeach (dicho concepto incluye la intolerancia o cerrazón a los argumentos contrarios, justificación del recurso a la fuerza, violencia potencial). Es interesante la concepción de que el fanatismo nace como reacción defensiva ante una descreencia amenazadora y la radicalización de la postura fanática cuando más grave es el peligro de sucumbir. También son destacables las notas que se atribuyen a la realización de la meta fanática: el ser cada vez más inverosímil (es decir, más apartada de la realidad) y el ir difiriéndola sin cesar (dado que es irrealizable). El aspecto fantasioso del objetivo fanático ha sido advertido en repetidas ocasiones.

e) Fanatismo y revolución

U. Melotti, en su obra "Revolución y sociedad (1971), señala que en toda revolución acostumbra a darse un período de fanatismo a consecuencia de la creciente tensión social que la rápida evolución de los acontecimientos va creando, de forma que las fuertes pasiones desencadenadas claman por resoluciones cada vez más extremas (1971, 194). Esta es la hora del fanático, que, según Melotti, se caracteriza por ser un hombre de fe, un "creyente que desea muy

101. Estas palabras nos recuerdan la célebre afirmación atribuida a Napoleón: "El fanatismo es siempre producto de la persecución" (Diccionario de Frases Célebres y Citas Literarias, de V. Vega, Gili, Barcelona, 1952, p. 249).

intensamente lo que emprende", con un dogmatismo estrecho que le hace ser radicalmente intolerante con los moderados, negándose a hacer concesiones. Su ideología, simplificadora de la realidad, resulta asequible a las masas, aficionadas, en opinión de Melotti, a los juicios "tajantes, claros y a veces hasta simplistas". Estas características otorgan al fanático, en el contexto revolucionario, una evidente superioridad sobre el moderado¹⁰² y facilitan su victoria (Ibid., 195-197).

E) Conclusiones

El concepto de fanatismo que hallamos en la investigación psicológica, psiquiátrica y sociocultural resulta notablemente semejante al que nos mostraron los diccionarios y enciclopedias. Incluso podemos afirmar que ambos conceptos son básicamente coincidentes. Sin embargo, un inconveniente con que nos topamos en el campo de la investigación es cierta pobreza descriptiva¹⁰³.

102. La elevada motivación del fanático, su fe ardiente que "transporta montañas" (1971, 197), frente a una voluntad débil e insegura, constituyen la clave de su eficacia social, de su triunfo sobre el moderado. Este último, prosigue Melotti, por captar más la complejidad de la situación y estar acostumbrado tanto a sopesar los pros y contras de las resoluciones como a hacer concesiones al adversario, presenta un programa menos claro, coherente y firme que el del fanático. Igualmente, la agresiva intransigencia del fanático ante el moderado convierte a este último en fácil víctima de aquél (Ibid., 197).

103. Esta pobreza no debe extrañar si se tiene en cuenta que los investigadores no tienen especial interés en ofrecer una definición exacta (algunos, como Rudin, más bien rehúyen este problema), sino que consagran su atención en explicar el fanatismo.

En el campo psicológico, el componente cognitivo de la actitud fanática se pone de relieve al afirmarse que el sujeto afectado cree poseer la verdad absoluta, un dogma del que no duda, más cierto que la realidad misma. La fijeza con que mira su idea exclusiva le da estrechez cognitiva, siendo también propenso a los juicios simples. La conciencia de que se haya en posesión de una verdad superior cimienta su pretensión de legitimidad.

La emocionalidad del fanático otorga intensidad psíquica tanto a los rasgos de su personalidad como a su conducta. Algunas veces es la pasión exaltada la nota dominante, pero con mayor frecuencia el fanático se siente invadido por un sentimiento de seguridad y confianza en su idea. Su fe inquebrantable va acompañada de una ostensible convicción propia del que se siente pletórico de razón.

La fuerza del componente motivacional se manifiesta en el compromiso total del fanático a la causa, en la obediencia completa a sus líderes, en la entrega a la meta o ideal que absorbe sus mejores energías. El celo exclusivo e insaciable del fanático no es un esfuerzo individual, sino que reviste el carácter de una empresa colectiva.

Como conductas representativas del fanático estiman los investigadores psicólogos que destacan: la intransigencia (manifestada tanto en no permitir otras doctrinas como en no hacer concesiones en la propia), la ineptitud para la comunicación con gente de otra opción ideológica, su eficacia persuasiva (en la que juega un papel no pequeño su profunda convicción) y, en fin, su conducta destructiva referida tanto hacia sí mismo como hacia otros. El comportamiento violento del fanático repercute en "feed-back" sobre su actitud, radicalizándola: proclama su completa irresponsabilidad en los daños causados (lo que le hace sentirse libre de culpa) y llega a hacerse insensible al sufrimiento, no sólo propio, sino incluso de los demás.

La actitud fanática, desde la perspectiva psiquiátrica¹⁰⁴, giraría alrededor de una idea prevalente que, de modo obsesivo, se impone a la mente. La idea, que carece de fundamento en la realidad es de carácter incommovible (es decir, ajena a la presión de los hechos) y presenta una doble vertiente de grandiosidad y persecución. Dicha idea -que hace referencia a un ideal o modelo perfecto- es vivida con apasionamiento, creciendo éste hasta la exaltación si encuentra algún tipo de oposición. Su empeño en la lucha por alcanzar la meta es incansable y no se doblega ante nada. A nivel conductual, el fanático da pruebas de su disposición a sacrificarlo todo por un ideal: se dedica a un activo proselitismo, es combativo y utiliza la violencia siempre que pueda serle útil a la causa.

En el campo sociocultural hemos distinguido movimientos de naturaleza extremista (milénarismo, radicalismo, activismo violento de derecha e izquierda) o bien movimientos que atraviesan en su desarrollo una fase extremista (como ocurre con los descritos por Hoffer, en su primera fase o revivalista, al igual que con los que trata Melotti al referirse a la etapa revolucionaria de algunos movimientos). Añadiremos a estas posiciones la de la antropóloga M. Mead.

Creemos que el movimiento social más propenso al fanatismo es el milénarista porque en él aparecen, junto a rasgos y conductas que ya han sido constatados (fe mística que desafía a la razón y al sentido común, reacciones desproporcionadas, obediencia ciega, ascetismo y recurso a la violencia, autoeximiéndose de responsabilidad), destacadas particularidades: inmediatez apremiante de las promesas, ideal total (es decir, carente de límites y, por ello, irreal) y recurso a lo milagroso como cosa normal.

104. La psiquiatría, al describir al fanático patológico nos ofrece una visión extrema, caricaturizada del tipo normal.

Merece la pena tener en cuenta algunos aspectos del fanatismo que han sido advertidos por M. Mead: el fenómeno aparece como reacción defensiva ante una descreencia amenazadora, la postura fanática se radicaliza si se ve en peligro de sucumbir, y, por último, las fantasiosas esperanzas fanáticas se van difiriendo sucesivamente.

1.2. APLICACIONES CONCRETAS DEL CONCEPTO

La mayoría de los autores que hemos citado haciendo historia del concepto de fanatismo incluyen, junto a la definición del fenómeno, ejemplos concretos que pueden ayudarnos a profundizar en la noción a través del uso que hacen del vocablo. Al mismo tiempo, creemos de interés referirnos a dichos ejemplos históricos porque quienes los traen a colación consideran que el fanatismo es como un cáncer a erradicar que envenena determinados períodos y situaciones concretas de nuestra cultura. Es pues necesario conocer los principales modos de manifestarse el fanatismo en Occidente para saber prevenirlo.

De todas formas, no va a bastar con elaborar un inventario de los acontecimientos más repetidos en las historias del fanatismo, tal como vamos a hacer aquí, y extraer alguna conclusión. Pensamos que, por estar inserto el fanatismo en la médula de nuestra cultura, para conocerlo es preciso profundizar en su evolución histórica, cosa que nos proponemos realizar al final de esta parte descriptiva.

1.2.1. Los clásicos ejemplos históricos

Los primeros autores que abundan en ejemplos históricos de fanatismo e incluso llevan a cabo un superficial recorrido del fenómeno a lo largo de la historia pertenecen

al siglo XVIII, es decir, a la época que lo populariza y acaba de conceptualizar. Veamos cuáles son los principales hechos que componen las primeras sinopsis históricas del fanatismo (al menos, que nosotros sepamos), es decir, las que nos ofrecen Voltaire y la "Encyclopedie".

Ante todo, nos llama la atención que prácticamente todos los acontecimientos citados se limitan exclusivamente al terreno religioso¹⁰⁵. Observamos que inicialmente se hace referencia a la extensión del fanatismo en numerosas religiones primitivas que practican ritos brutales, como ofrecimientos a los dioses de sacrificios humanos, automutilaciones, diversos tipos de excesos en ayunos o penitencias, y suicidios rituales. Se contrasta la brutalidad de estas costumbres con la civilización y tolerancia de que dieron prueba, en la mayor parte de su historia, griegos y romanos.

Sin embargo, las persecuciones de los emperadores romanos contra el cristianismo naciente son una prueba notable de fanatismo. Se apunta, igualmente, el fanatismo de algunos mártires, que se entregaban voluntariamente a las autoridades perseguidoras o las provocaban abiertamente en busca de un pretexto para inmolar la propia vida. Lo mismo se dice del extremado ascetismo de eremitas y anacoretas. Es considerado como prototipo de fanatismo el fundador de la religión islámica, como lo atestigua la obra que le dedicó Voltaire ("Le fanatisme, ou Mahomet le prophète"). Asimismo, tanto la guerra santa musulmana como las Cruzadas son mencionados a modo de ejemplos clásicos de fanatismo.

105. Entendemos aquí el ámbito religioso en sentido amplio, incluyendo también en este área las disputas entre escuelas filosóficas, dado el nexo íntimo que existía en la época de dichas disputas entre filosofía y religión.

Pero la institución que ha pasado a la posteridad como ejemplo paradigmático del fanatismo es sin duda la Inquisición, con su aplastamiento sistemático y constante de toda desviación religiosa. De todas maneras, también se denunciaba el fanatismo de herejes de los primeros tiempos del cristianismo (como los montanistas, adamitas o donatistas), es inevitable la alusión a los iluminados entusiastas, que se creían en contacto directo con Dios, y a ciertos extremos que surgieron aparatosamente en algunas sectas protestantes de recién aparición, como los anabaptistas de Tomás Müntzer o Juan de Leyde, y los cuáqueros. La culminación de la absurda historia del fanatismo se alcanza, según los autores citados del siglo XVIII, con las guerras de religión, donde caben episodios tan bárbaros como la matanza de hugonotes de la llamada "noche de San Bartolomé".

Si bien hay que admitir que se equivocaron los filósofos del siglo XVIII al creer que el fanatismo -que se identificaba con la superstición religiosa- estaba a punto de extinguirse para siempre, también es preciso reconocer que no estaba totalmente descaminada su intuición de que se encontraban en el dintel de una época en que el fanatismo, hasta entonces religioso, iba a secularizarse, al igual que otras manifestaciones culturales, y a perder el protagonismo que hasta entonces había ejercido¹⁰⁶. Desde la perspectiva histórica que proporciona el siglo XX, se puede apreciar que precisamente a fines del siglo XVIII se inició la segunda gran etapa de la historia del fanatismo, que se caracteriza por ofrecer el fenómeno un trascendental viraje hacia la problemática política, lo cual no implica que en ningún momento desaparezca por completo el fanatismo religioso¹⁰⁷.

106. Iba a contribuir a ello una serie de circunstancias de orden muy diverso, tales como los cambios en las condiciones materiales de vida, el racionalismo filosófico y la progresiva secularización de las costumbres.

107. Se aprecia también posteriormente, en nuestra época, una ampliación del campo del fanatismo a otras áreas, como la música o el deporte.

1.2.2. Fanatismos modernos

Son considerados fenómenos representativos de esta segunda etapa histórica del fanatismo: el período del "Terror" en la Revolución Francesa con Robespierre a la cabeza, el terrorismo nihilista del anarquismo de la segunda mitad del siglo XIX, los totalitarismo fascista y comunista (personificados en Hitler y Stalin), las organizaciones políticas que hacen uso de la violencia, especialmente las que se denominan terroristas, o el movimiento fundamentalista que sacude actualmente el mundo musulmán¹⁰⁸.

No es este último el único caso de supervivencia actual de fenómenos que algunos consideraban exclusivos de la primera etapa¹⁰⁹ y, por tanto, definitivamente muertos (como la teocracia y su consecuencia, la guerra santa), puesto que también el fanatismo religioso resurge hoy con fuerza en Occidente en multitud de sectas extremistas, donde existen trágicos ejemplos¹¹⁰ de que se está dispuesto a morir y matar por la causa.

1.3. CONNOTACIONES DEL TERMINO

1.3.1. Significado denotativo y connotativo

Hasta aquí nos hemos planteado primordialmente cuál era el significado denotativo del término "fanatismo", es decir,

108. Nos referimos al que se ha llamado "síndrome Jomeini", que se refiere a la tentativa explícita o encubierta de exportar la revolución iraní preconizada por el "ayatollah".

109. Podemos denominarla etapa del fanatismo tradicional, o del fanatismo religioso por antonomasia.

110. Pueden servir de ejemplos el suicidio colectivo de Jim Jones y su secta, "Templo del Pueblo", o la masacre originada por la tristemente célebre conocida como "Familia Manson".

aquél al que se refiere el vocablo en cuestión, el que sirve para identificar explícitamente el objeto de que se trata. Para ello fue útil consultar las definiciones que nos ofrecían los diccionarios. Aunque era atractiva la concisión de éstas, nos encontramos con el inconveniente de que los significados denotativos hallados en los diccionarios, según apunta Church (1961), no vienen a ser otra cosa que abstracciones obtenidas observando cuáles son las funciones que ejerce una palabra determinada en distintos contextos.

En cambio, en las definiciones que extrajimos después de analizar el empleo del término en diferentes terrenos de la investigación encontramos algo más que la referencia al significado del vocablo en abstracto. En efecto, al aparecer éste en un contexto determinado, cumpliendo una función específica, advertimos que, de forma casi inevitable, iba teñido de algún color que revelaba en cierta manera la actitud del autor (más o menos favorable o contraria) ante dicho vocablo, la experiencia que, como miembro de una comunidad cultural y como individuo, tenía ese autor acerca del objeto que representa el vocablo. Es decir, que aquí el vocablo tenía, tanto para el autor como para el lector, un significado concreto, unas connotaciones que iban ligadas a la experiencia del objeto correspondiente.

Por tanto, el significado connotativo abarca todo un conjunto de ideas, sentimientos y predisposiciones que van asociadas a una palabra. Debido a la presencia de estos elementos, que coinciden con los tres componentes actitudinales, hemos afirmado más arriba que el significado connotativo reflejaba la actitud del autor hacia el vocablo que usa. En general, las connotaciones hacia la palabra "fanatismo" vimos que eran negativas.

1.3.2. Encuesta sobre el significado de la palabra "fanatismo"

Sin embargo, a nivel de gente de la calle ¿cuál es el significado connotativo del vocablo "fanatismo"? Afortunadamente, poseemos un estudio empírico, realizado por D. Franke en 1969, que da respuesta a este interrogante. Franke trabajó a partir de los resultados de una encuesta sobre el tema efectuada en Alemania Occidental en el curso de la cual se entrevistó a una muestra representativa compuesta por mil personas adultas.

Según los resultados de dicha encuesta, más del 75 por 100 se declaró en contra del fanatismo, atribuyendo al sujeto fanático características negativas, como "antipático", ruidoso, sin humor, acrítico, obstinado, muy orgulloso, desconsiderado y, sobre todo, peligroso". Una minoría mostró neutralidad afectiva o simpatía hacia el término. Los simpatizantes percibían al fanático como una persona "enérgica, convincente y firme", dotada de una "convicción apasionada" y un "empeño por realizar su tarea". La mayoría que condenó el fanatismo indicó que estaba en contra, de modo especial, de la manera que tiene el fanático de conquistar sus objetivos (1969, 117-122).

No resulta extraño que el vocablo despierte connotaciones comúnmente desfavorables si consideramos que la investigación se llevó a término en un país que quedó exhausto y arruinado a consecuencia del fanatismo hitleriano. Y con más motivo aún si tenemos en cuenta que, según vimos, en la historia del concepto ha prevalecido la connotación negativa. Analicemos en primer lugar este último fenómeno y tratemos de aclarar, en segundo término, por qué el vocablo tiene un significado positivo para algunas personas.

1.3.3. Connotaciones negativas

El concepto de fanatismo fue elaborado y desarrollado fundamentalmente por los filósofos de la Ilustración como arma arrojadiza contra una larga serie de atropellos que la fuerza pura y simple había cometido contra la independencia de pensamiento. La razón de la fuerza yugulando la fuerza de la razón. Los filósofos desempolvaron el vocablo, lo adaptaron a las necesidades de la época¹¹¹ y lo difundieron, tratando de condensar en él las arbitrariedades que, en nombre de unos principios religiosos con frecuencia irracionales, se habían cometido en el devenir histórico. Con ello pretendían anatematizar algunos de los crímenes e injusticias más graves perpetrados a lo largo de los siglos.

El fanatismo tenía la mágica virtud de convertir en "santas" las mayores fechorías de que es capaz un ser humano, de modo que toda clase de excesos y brutalidades -extorsión, tortura, asesinato, autoinmolación- aparecen como actos buenos y deseables si han quedado canonizados por la nobleza de la causa, o sea, que toda acción está justificada si constituye un medio para alcanzar el ideal. De ahí se deriva la elevada carga emocional que se imprimió al vocablo y que éste inevitablemente despierta.

Así se comprende la notable agresividad que detectamos en no pocas expresiones célebres dedicadas al fanatismo¹¹²,

111. Así pues, se elaboró el concepto, como espada forjada para la lucha, cuando se necesitó con vistas a desprestigiar a los enemigos de la razón, que eran considerados asimismo como enemigos de la humanidad.

112. Esta agresividad de las expresiones contra el fanatismo es probablemente de tipo catártico, en el sentido de cumplir la función de descargar al sujeto de la tensión que le producen las injusticias cometidas. Opinamos también que el carácter catártico -y, por tanto, gratificante- de estas frases quizás contribuyó a su celebridad.

de las que citaremos ahora algunos ejemplos. La "Encyclopedie" lo llama "el más terrible azote de la humanidad" (1750-1766, XXXII, 71), Voltaire "peste de las almas" y "veneno en los cerebros infectados" (1764, IV, 111), Balmes lo desacredita como "absoluta ceguera del entendimiento" (1842-1844, I, 153), y el dicho popular lo considera "locura de los sanos"¹¹³. Como ejemplos contemporáneos podemos mencionar a Ortega y Gasset que dice del fanático "que no es para sí hombre" y que es "el putrefacto humano", y, por último, a Stefan Zweig que le estigmatiza llamándole "genio de la parcialidad y enemigo hereditario de la universalidad"¹¹⁴.

Aunque durante los siglos que precedieron a su conceptualización en la época de la Ilustración, lógicamente no existía el término "fanatismo" ni "fanático" en las lenguas vernáculas, podemos afirmar sin lugar a dudas que, por el contrario, sí fue inculcado el comportamiento fanático (con mayor o menor intensidad, según el momento) como altamente valorado y fue practicado con satisfacción e incluso con orgullo¹¹⁵. El hecho de que estuviera institucionalizado el fanatismo, de que formara parte de la médula de la cultura, era precisamente uno de los principales motivos de indignación de los filósofos del siglo XVIII.

113. Cf. p. 268 del "Diccionario de Máximas, Pensamientos y Sentencias", de Sintés (autor y editor), Barcelona, 1970, 7ª ed.

114. Tanto la cita de Ortega como la de Zweig están sacadas exactamente del mismo lugar que se indica en la nota anterior.

115. Pensemos, por ejemplo, que en la época de la Inquisición y de las Cruzadas perseguir herejes o matar moros eran conductas que recibían sanción social positiva, lo cual las hacía socialmente atractivas.

1.3.4. El disfraz eufemístico

Teniendo en cuenta las connotaciones peyorativas del término, no debe extrañarnos que la mayoría de las veces que se ha exaltado el fanatismo, se haya hecho disfrazándolo de eufemismos o, en general, de términos socialmente bien considerados, acordes con los valores oficiales. A modo de sugerencia, podemos decir que en el mundo religioso se ha usado frecuentemente el calificativo "santo" ("santo celo", "santa ira", "Santa Inquisición") para canonizar conductas o instituciones fanáticas. Por otra parte, en política se ha hablado a veces de "ímpetu revolucionario"¹¹⁶, "fervor patriótico" o "glorioso heroísmo" con idéntico propósito.

1.3.5. Connotaciones positivas

Puede sorprendernos que para algunas personas el término "fanatismo" comporte connotaciones positivas, pero ya hemos verificado que así fue para una minoría de los alemanes consultados en la encuesta anteriormente citada. Precisamente en dicho estudio, Franke sugiere una explicación, pues deduce de las respuestas de los simpatizantes del fanatismo que aquí el término, al parecer, adquiere un valor similar a "pasión" o "apasionado" en aquel sentido en que

116. Una prueba de que cuando se elogia el "ímpetu revolucionario" se hace encomio del fanatismo, la constituye el hecho de que autores como Hoffer (1951, 165 ss.), Mühlmann (1961, 82, 252), o Melotti (1971, 197) han destacado que un movimiento social o una revolución no pueden triunfar si no adquieren el predominio los fanáticos en un momento determinado. Es coherente pues que se elogie una conducta que desempeña socialmente una función trascendente y necesaria.

Hegel había afirmado que nada grande se había hecho en la historia sin pasión (1969, 117 ss.). Intimamente relacionadas con la pasión habría otras cualidades que pueden cautivar a dichos simpatizantes, como la convicción, empeño y firmeza.

Recordemos que la Enciclopedia (1750-1766, XXXII, 86) caía en la contradicción de alabar el "otro" fanatismo, el patriótico, después de haber atacado el religioso.

Si bien puede no llamarnos la atención que una Madame de Stäel, en el calor del romanticismo europeo, realice una decidida defensa del entusiasmo fanático¹¹⁷, lo que sí tal vez nos perturba es contemplar ciertas declaraciones aparentemente similares de intelectuales con reputación de equilibrados. Por ejemplo, W. Horstmann proclama que "los hechos más salientes de la historia humana, las realizaciones artísticas y científicas más valiosas, serían impensables sin el aguijón espoleador del fanatismo" (1910, 216) y, por su parte Menéndez Pelayo establece que "sin un poco de fanatismo no se hacen milagros en filosofía ni en ninguna otra ciencia"¹¹⁸.

Creemos que en estos dos últimos casos, la palabra fanatismo se emplea en el sentido que veíamos antes, es decir, como pasión (o "entusiasmo", en la acepción vulgar del término), convicción o empeño. Nos encontramos aquí con un sentido lato de fanatismo en el cual no se tienen en cuenta los aspectos negativos, es decir, destructivos y se enfatiza el aspecto motivador (es decir, movilizador de energías) del fanatismo que "espolea" y llega a "hacer milagros".

117. La defensa la realiza Madame de Stäel en su obra "De l'Allemagne", tal como manifiesta Abbagnano (1974, 415).

118. La sentencia procede de su obra "De los orígenes del criticismo y del escepticismo" y la hemos hallado en la p. 402 del "Diccionario de Frases célebres", de Sintés (autor y editor), Barcelona, 1971, 4ª ed.

Como nota Abbagnano, en nuestra época la palabra fanatismo ha perdido en el léxico de algunos movimientos políticos, el significado connotativo negativo que la distinguía desde la Edad Antigua, para pasar a significar "el aprecio de una fidelidad a toda prueba, que no se preocupa de objeciones ni de límites" (1974, 522). La observación pensamos que va dirigida principalmente a los fascismos tanto por el uso elogioso que hicieron del término como por el contenido de su ideología¹¹⁹. Dentro de la perspectiva ideológica irracional del fascismo alemán, como nota Z. Barbu, en la que la voluntad y el sentimiento juegan un papel decisivo¹²⁰, no tiene por qué sorprender que el fanatismo sea virtud. En efecto, según argumenta P. Bonnín, en "Así hablan los nazis" (1973), puesto que el nacionalsocialismo se había fundamentado sobre el fanatismo, el adjetivo "fanático" significaría en grado superlativo valiente, abnegado y tenaz (1973, 49).

Así se comprende que el citado adjetivo pasase a teñir un buen número de expresiones corrientes nazis entre las que menciona Bonnín: "hacemos fanáticos votos", "nuestro fanático reconocimiento", o bien "nuestra fanática creencia" en la duración eterna del III Reich (Ibid., 50). Cuando las derrotas ensombrecían el panorama nazi, prosigue Bonnín, aún se manifestaba con mayor frecuencia la "fe fanática" en la

119. Siguiendo a José Luis L. Aranguren, en "Qué son los fascismos" (1976), opinamos que, a pesar de las diferencias considerables, existe una base ideológica común entre los fascismos alemán, italiano y español.

120. Recogemos las palabras de Barbu: "La concepción del mundo del nazismo se funda en el supuesto de la irracionalidad de la naturaleza humana... Según sus convicciones, la voluntad y el sentimiento proporcionan al conocimiento y la acción humanos un mayor grado de certeza que la razón" (1962, 137).

victoria final¹²¹. Considerando las connotaciones religiosas vinculadas a la palabra "fanatismo", V. Klemperer invita a ponderar hasta qué punto el modo de pensar nazi consiguió obnubilar la razón y exaltar los sentimientos de forma que llegó a convertir un régimen político en una especie de cruzada religiosa¹²² (1969, 62-66).

En el franquismo de los primeros años -versión adulte-
rada pero real del fascismo, según Aranguren (1976, 50 ss.)-
también encontramos alabanzas al fanatismo, aunque menos
frecuentes que en la Alemania nazi. Citamos dos o tres casos.
En un discurso dirigido a los ex-combatientes, en 1942, el
caudillo les dice: "Para la gran obra de redención de un pue-
blo, el fanatismo y la intransigencia son indispensables
cuando se encuentran en posesión de la verdad. A vuestra fe
y vuestro fanatismo correspondo con el mío"¹²³. Y, ante una
concentración del Frente de Juventudes, afirma: "Empresa de
iluminados y locos es nuestra historia... ¡Dichoso país que
cuenta con tales locos!"¹²⁴.

Citamos, por último, un fragmento de uno de los princi-
pales "guardianes de las más puras esencias del franquismo"¹²⁵,

121. Es llamativo que hasta en un parte de guerra, el 26 de julio de 1944, se hable de fanatismo al mencionar a las "tropas que luchan fanáticamente" (Ibid., 50).

122. Entre las pruebas "lingüísticas" que Klemperer ofrece se cuentan expresiones nazis tales como "sagrada misión", "salvador", "reino sagrado" o la invocación de los "caídos por la fe de Adolf Hitler" (1969, 123, 128, 267).

123. Discurso ante los Camisas Viejas en diciembre de 1942.

124. La concentración se realizó en El Pardo, el 29 de marzo de 1947.

125. Así llama a Girón, M. Vázquez Montalbán en su "Diccionario del franquismo", Dopesa, Barcelona, 1977.

José Antonio Girón: "Donde encontreis un idealista y un fanático de una idea, estableced un vínculo de relación inmediatamente... No hay fuerza física capaz de destruir una idea cuya fe es la razón de muchas vidas unidas y resueltas" (1943, 14). Observamos que tanto aquí como en las frases anteriores citadas se habla a la vez de fe y fanatismo, pues como vimos en la historia del concepto, son fenómenos que van inseparablemente unidos.

Nos ha sorprendido encontrar en una obra de psicología cierta definición de fanatismo que, si bien no presenta el fenómeno con connotaciones claramente positivas, sí puede afirmarse que se halla cercano a dicha posición. En efecto, vimos que Ph. Lersch, en "Aufbau der Person" (1962), definía el fanatismo como "tendencias normativas especialmente intensas" y dotadas de "gran persistencia" (1962, 183), absteniéndose de mencionar, como ya hiciera Kant, los graves efectos que se derivan si estas tendencias se radicalizan, se hacen exclusivas y traspasan los límites de la razón humana. Esta cierta ambigüedad que acabamos de notar en Lersch se debe a que no siempre es posible distinguir perfectamente los grados intermedios que existen entre el hombre justo y el fanático de la justicia¹²⁶.

126. A pesar de ello, considero de interés citar un dicho de "un anciano judío de Galicia" que inserta en el frontispicio de su libro ("The captive mind", Knopf, N. York, 1953) un polaco, Czesław Milosz, que se enfrentó, según confiesa, a la presión del fanatismo comunista y que supo además describir éste con notable agudeza psicológica. Es el siguiente: "Cuando uno es realmente justo en un 55 por 100, hay que decir que eso está muy bien y queda fuera de toda discusión. Y si uno es justo en un 60 por 100, eso es maravilloso, es una gran suerte y debe dar gracias a Dios. Pero, ¿qué puede decirse del que es justo aproximadamente en un 75 por 100? Las personas sensatas dirán que es sospechoso. Pues bien, ¿y qué decir del que es justo en un 100 por 100 es un fanático, un criminal, y un villano de la peor especie" (1953, V).

1.3.6. La palabra como arma

Es lamentable que, aprovechando el significado peyorativo del término "fanatismo", éste sea empleado frecuentemente para tratar de descalificar a cualquier minoría desviada y activa. El uso puede tener entonces una función defensiva, al aplicarlo la sociedad prematuramente, como nota Milgram, contra aquellos que poseen una verdad que la gente todavía no ha percibido (1977, 61). Aunque, en principio, la extremosidad del sentimiento, prosigue Milgram, no tiene por qué ser evaluada negativamente, el fanático es condenado por ello y por su compromiso incondicional, ya que se piensa que exagera lo emocional a costa de un "déficit intelectual", desvaloriza todo lo que es ajeno a su causa y puede llegar a convertirse en un peligro social.

Por su parte F. Hacker protesta contra la maniobra para dejar fuera de juego al adversario, el fanático, tratando de justificar la operación con medios pseudocientíficos: "Con ayuda de la psicología el adversario es minimizado, despreciado, convertido en diablo y también en payaso ridículo; no debe tomarse en serio" (1971, 86).

1.3.7. Contra los detractores del "fanatismo"

G. Ichheiser, en su trabajo "On tolerance and fanaticism: a dilemma" (1969), realiza una interesante aportación que pone en evidencia la perspectiva simplista, ampliamente extendida en nuestro tiempo, a ver el fanatismo envuelto en connotaciones exclusivamente negativas y la tolerancia como un "desideratum" totalmente positivo. En efecto, nota Ichheiser que "se podría considerar que la tolerancia es algo bueno, deseable y correcto..." y que "el fanatismo no es más que una aberración, una perversidad que aborreceríamos y trataríamos de erradicar sin descanso tanto en nosotros mismos

como en nosotros, sin ninguna vacilación y sin ningún matiz..." Pero un análisis más profundo, prosigue Ichheiser; nos descubriría que el problema es "demasiado importante, demasiado ambiguo como para hacer un corte claro y definido, un diagnóstico en términos de blanco y negro" (1969, 446).

En un afán de poner las cosas en su sitio, apunta Ichheiser que ni la tolerancia es ilimitadamente buena -pues, por ejemplo, la llamada tolerancia religiosa sería en la mayoría de los casos "un síntoma de decadencia religiosa e indiferencia"- ni los detractores del fanatismo suelen ser mejores que aquellos a quienes critican ya que, según Ichheiser, con frecuencia son "mediocridades sin fuste, carentes de convicciones y de todo tipo de compromiso genuino y más profundo". Además, añade Ichheiser que mientras la "gente normal" se "adapta" y muestra conformidad con las normas, como si esto fuera un "supremo ideal moral", "cualquiera que tiene convicciones fuertes y profundas y no está inclinado a 'ajustarse' y a estar conforme es visto como sospechoso y es denunciado... como un alborotador, o incluso como un fanático sumamente peligroso" (Ibid., 447-449). En conclusión, nota Ichheiser que en algunos aspectos los fanáticos son mejores que la gente tolerante¹²⁷, puesto que confiesa, por ejemplo, que tal vez él preferiría relacionarse con fanáticos que con gente de trato fácil porque en el primer caso estoy al menos seguro de quién es mi amigo y mi enemigo, mientras que en el segundo caso cualquiera que he considerado amigo puede fácilmente cambiar, convertirse en enemigo mío (Ibid., 449).

127. Algo parecido sugiere M. Mead cuando dice que un fanático puede no ser tan peligroso como uno que ha dejado de serlo y queda sumergido en "un paralizante escepticismo", en "una contagiosa y cínica apatía" (1977, 38).

También E. Fromm reacciona contra la tendencia simplista de estigmatizar con el rótulo de fanáticos a ciertos personajes cualificados y originales: "Cuando la convicción genuina ha llegado a ser rara, como ocurre hoy, hay la tendencia a llamar 'fanático' a todo el que tenga una fe profunda en una convicción espiritual o científica que difiera radicalmente..." Más enérgica es la réplica que da D. L. Norton, en su artículo "Can Fanaticism Be Distinguished from Moral Idealism?" (1977), contra R. M. Hare¹²⁸ al que acusa de "hacer indistinguible el fanatismo de la elevada integridad moral", lo cual considera de especial gravedad. No se puede atacar el idealismo moral, prosigue Norton sin ser consciente de que "la función de los ideales morales consiste en transformar los deseos e intereses no morales en morales" (1977, 498).

Sin embargo, no nos consta que Hare considere cualquier idealismo moral como fanatismo sino que más bien se limita a mirar como fanático a aquel que crea un ideal de tipo moral "con objeto de pasar por encima de toda consideración de los intereses de la gente" (1963, 176).

1.3.8. Conclusiones

Llega el momento de resumir lo dicho y extraer algunas conclusiones. Hemos constatado que es de gran interés el estudio del significado connotativo del término "fanatismo", puesto que se involucran en él implicaciones emocionales importantes que lo hacen particularmente rico.

128. La polémica arranca de los conceptos vertidos en el cap. 9 de la obra de Hare, ya citada anteriormente, que lleva por título "Freedom and Reason" (1963). Dicho capítulo se titula "Tolerance and fanaticism".

El vocablo, que desde que se conceptualizó, en los albores de la Ilustración, posee un matiz claramente negativo, ha sido considerado excepcionalmente por algunos como bueno y deseable. Esto se ha debido, por lo que nosotros sabemos, a que ha sido utilizado en un sentido demasiado amplio (como pasión o entusiasmo) o bien a que la ideología que lo empleaba no poseía un fundamento racional, sino que se apoyaba sobre el sentimiento y la voluntad de acción.

Recientemente se ha insistido en que es errónea la tendencia, ampliamente difundida, a percibir simplistamente la tolerancia como un bien absoluto y el fanatismo como un puro mal. Menos todavía se está autorizado a emplear el rótulo de "fanático" con el solo propósito de descalificar al enemigo.

A lo anteriormente dicho habría que añadir algunas conclusiones. Ante todo, poner énfasis en el carácter relativo del término "fanático" ya que una acción que algunos califican de "fanática" o "suicida", puede ser considerada por el bando contrario como acto de heroísmo o martirio¹²⁹. El uso

129. En historias de la Iglesia, se han considerado "fanáticas" las persecuciones romanas contra los primeros cristianos, mientras que para los romanos quienes caían en el fanatismo eran los cristianos, tanto por anteponer la autoinmolación al sacrificio a los dioses como por despreciar el mundo y esperar la segunda venida de Cristo, como recoge Mühlmann (1961, 250, 251). Igual podemos decir del modo en que debían percibirse mutuamente inquisidores y herejes. Algo parecido parece ocurrir en el modo de percibirse actualmente extremistas religiosos o políticos de uno y otro signo.

Es curioso observar en nuestros días la diversidad de calificativos con que se enjuicia a los miembros de la organización extremista armada ETA, según que se les considere o no fanáticos. Los que piensan que los etarras son fanáticos les llaman (cf. prensa diaria) locos, asesinos, "gangsters", carniceros, etc. En cambio, para los que les apoyan son "gudaris" (guerreros vascos) heroicos, patriotas, mártires.

No es fácil diferenciar el heroísmo del fanatismo, ya que es inaceptable un criterio subjetivo como el que adopta Balmes, quien señala que existiría heroísmo y no fanatismo "si la opinión fuese verdadera, los medios legítimos y la ocasión oportuna (1842-1844, I, 131).

del vocablo va pues ligado a la lucha ideológica y está en función del lado de que nos hayamos colocado¹³⁰.

Otra sugestiva conclusión es que resulta difícil criticar el fanatismo sin caer en él (efecto de "boomerang"). Es frecuente luchar contra el fanatismo enarbolando la bandera de un fanatismo de signo opuesto, es decir, oponiendo un ideal absolutizado a otro. Nunca se reconoce el fanatismo propio, sólo el enemigo es fanático¹³¹.

130. La conducta que unos califican como llena de constancia, firmeza o entereza, es para otros obstinación, vana terquedad, pura testadurez.

131. Según Linguet, en "Le fanatisme des philosophes" (1764), los enciclopedistas, que tantas acusaciones de fanatismo lanzaron, cayeron en un culto fanático a su propia persona (1764, 9). Más claro vemos el caso de la Revolución Francesa, donde la persecución del fanatismo se confunde con el fanatismo mismo. Igual podríamos decir que la intransigencia con el error que preconiza Balmes (vid. supra: 1.1.3.a), en su lucha contra el fanatismo, es otro fanatismo.